

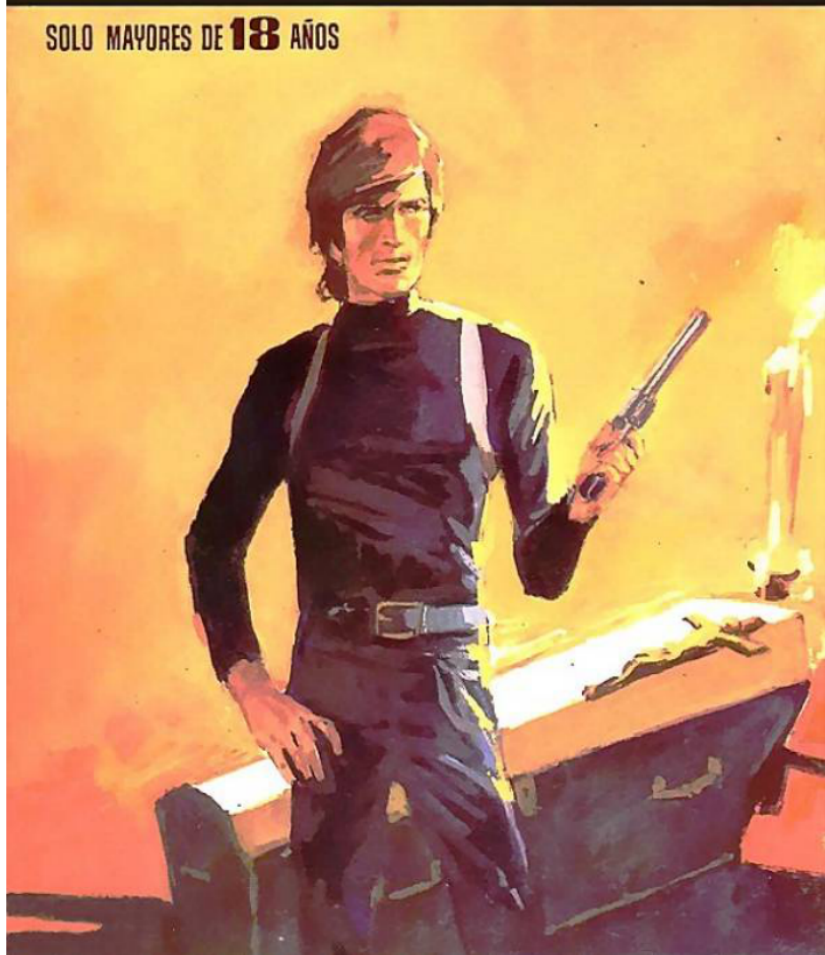
SERVICIO
SECRETO

SS

UN ATAUD PARA MI SOLO

Silver Kane

SOLO MAYORES DE **18** AÑOS



SS

SERVICIO SECRETO



ALBERT ROSBUND

CHINATOWN 77

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.471
Publicación *semanal*



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319 - El *sheriff* y las viejecitas.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.484 - La casa de las cuatro mil delicias.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
736 - Infierno: capital, Dodge City.
- En Colección KANSAS:
665 - Un buitre llamado Cox.
- En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
1.014 - Demasiadas faldas en Wichita.
- En Colección ASES DEL OESTE:
502 - Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección COLORADO:
637 - Jinetes de medianoche.
- En Colección CALIFORNIA:
751 - Todos esperaban la muerte.
- En Colección PUNTO ROJO:
878 - Una señorita llamada muerte.
- En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
479 - Todo el dinero de Texas.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
76 - Mariposas negras.
- En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
15 - Un «Colt», una mujer y un diablo.
- En Colección BRAVO OESTE:
947 - Un ataúd pagado a plazos.
- En Colección LA HUELLA:
80 - Manchas de sangre en los ojos.

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 26.150 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1978

□ Albert Rosbund - 1978

texto

□ Rafael Cortells - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

LAS MANCHAS AMARILLAS DE LA CASA BLANCA

El presidente Carter dijo, con voz inexpresiva:

—Desháganse de él.

La luz estallaba a través de las grandes ventanas, y el aire enviaba los mil rumores de Pennsylvania Avenue, en la agitada atmósfera del viernes por la tarde. Los miles de empleados de las oficinas gubernamentales se disponían a partir para el largo fin de semana, y a todo lo largo del Potomac eran cargados coches, «roulottes», motos de gran potencia, que se perderían en las profundidades de Virginia... Dicen que Washington se queda vacía los sábados, pero al parecer el hombre más importante de los Estados Unidos no pensaba abandonar la ciudad. Por el contrario, tenía el rostro ligeramente crispado, como si le esperasen los peores días de su mandato.

El alto oficial del Servicio Secreto que acababa de entrar en el despacho oval donde tantas veces se hizo fotografiar con sus pequeños hijos el presidente Kennedy, palideció intensamente.

—¿Debo entender que la orden es definitiva, señor? —preguntó.

Carter evitó mirarle.

Unas profundas bolsas se habían formado bajo sus ojos, mayores que nunca.

—Definitiva —musitó.

—¿La transmitimos por conducto estrictamente privado?

—Por supuesto que sí.

Seguía sin mirar al alto oficial del Servicio Secreto. Las arrugas de su cara se habían hecho más profundas y más intensas, dándole un extraño aspecto de hombre acabado y triste, definitivamente viejo. En cambio, los hombres vestidos a lo Mao que ocupaban uno

de los sitios más discretos del despacho, parecían no tener edad. Los chinos deben tener un pacto con el diablo, porque parece como si no envejecieran nunca. Claro que eso le debe pasar también al ministro de Asuntos Exteriores soviético, Gromyko, que hace cuarenta años que tiene la misma cara. En la atmósfera luminosa de la Casa Blanca, bajo la luz estallante de las ventanas, las caras de aquellos dos chinos eran como dos manchas amarillas, que estuviesen allí desde el principio del tiempo.

El presidente Carter se volvió hacia ellos.

—Por mi parte, he hecho todo lo que podía hacer —musitó.

Con las tazas de té sobre las rodillas, los dos chinos sonrieron, amable y comprensivamente.

—Se lo agradecemos mucho, señor —dijo uno de ellos, con un perfecto inglés que parecía aprendido en Yale—. En nombre de la paz internacional, le estamos muy reconocidos.

El otro no dijo ni eso.

Siempre sonriendo amablemente, se volvió hacia la ventana, y dijo, después de beber un sorbito de té:

—Hace un magnífico día...

El hombre que pilotaba el helicóptero de diez plazas, con las insignias de la «Navy», dijo algo parecido, mientras contemplaba, desde arriba, los mil reflejos azules del Caribe:

—Vaya final de semana que se prepara.

Poco antes, mientras sobrevolaban Cayo Hueso, habían visto las docenas y docenas de yates que se disponían a hacerse a la mar. Todos los que habían podido tomar aviones de línea regular el viernes a mediodía o disponían de avionetas privadas, estaban ya a bordo a las cinco de la tarde, disponiéndose a disfrutar uno de los fines de semana más largos del año, pues el lunes era también fiesta. Los hombres ricos, los hombres de confianza de los hombres ricos, las esposas de los hombres ricos y las queridas de los hombres ricos pisaban, ya en bikini, las cubiertas de los yates de lujo, disponiéndose a iniciar cruceros que les llevarían hasta el arco de las Bahamas. Todo el lujo, toda la felicidad y toda la salud de la tierra, parecían haberse concentrado allí, como esos anuncios del *Playboy*, en los que se ve a un presunto millonario tomándose en cubierta una tónica, mientras le mete mano a una chica. Y la gente cree que, bebiendo esa marca de tónica, le puedes meter mano a

una chica también.

Pero desde el helicóptero de la «Navy», esos yates se habían visto cómo puntos diminutos, y ahora no se distinguía ya ni eso. Solamente la inmensidad azul del Caribe, acariciada por un sol de verano, que poco a poco se iba haciendo más grande y más rojo. También allí, en el fondo del aparato, como en el despacho presidencial de la Casa Blanca, se distinguían dos caras impasibles, que eran como dos manchas amarillas.

El piloto miró al radio, que estaba junto a él.

—¿Hay confirmación? —preguntó.

El radio había palidecido.

Susurró:

—Sí.

—¿La han transmitido por la clave oficial?

—Desde luego.

—Entonces, no hay duda...

Y volvió la cabeza.

Los rostros amarillos estaban allí.

Hieráticos, insensibles, como estatuas de cera vieja.

El piloto musitó:

—Hay confirmación.

—¿Llega del propio presidente Carter? —preguntó uno de los chinos.

—Sí.

Una levísima sonrisa contrajo sus labios, pero el resto de su cara continuó sin expresión. Parecía, más que nunca, una estatua de cera.

—Hay muchos tiburones ahí abajo —musitó.

En efecto, ahora que estaban a baja altura, se distinguían las estelas de los escualos, que buscaban su presa. Debía haber flotado algún cadáver allí poco tiempo atrás, porque, de lo contrario, no se explicaba aquella enorme concentración de tiburones, que parecían llegados para una asamblea de muerte, desde todos los rincones del Caribe.

El hombre que estaba atado de pies y manos, tumbado como un fardo en el suelo del helicóptero, oyó aquellas palabras.

Y cerró un momento los ojos, pero ésa fue toda la impresión que produjeron en él. Quizá palideció también un poco, pero abrió los

ojos de nuevo, su cara estaba perfectamente tranquila e impassible.

El piloto susurró:

—Para ti va a ser de verdad un largo fin de semana, Bruce.

El llamado Bruce no contestó.

Tenía una cara que parecía cortada en un bloque de piedra.

Los músculos se marcaban intensamente bajo la fina camisa caqui y los pantalones veraniegos de tela liviana. Iba descalzo, ya que se había quitado las zapatillas de lona, valiéndose de sus propios pies. Quizá pensaba que todo el mundo tiene derecho a estar cómodo y relajado durante los últimos minutos de su vida.

El piloto miró hacia abajo. Luego consultó el altímetro.

—Ciento cincuenta pies —dijo.

Y hubo un cambio de miradas con los dos hombres que estaban al lado de los chinos. Aquellos dos hombres eran como dos bloques de cemento sin sentimiento, sin expresión, sin cara. La inmovilidad que habían tenido hasta entonces era impropia de seres humanos, pero de pronto se pusieron en movimiento como dos pesadas máquinas que avanzan.

—Es una buena altura —dijo uno de ellos.

Y el otro añadió sencillamente:

—Adiós, Bruce.

Lo asieron entre los dos. Lo levantaron un poco.

La puerta del helicóptero estaba totalmente abierta. Por ella entraba a raudales el torrente de luz.

Y entonces vio Bruce los tiburones que esperaban abajo.

Docenas y docenas de tiburones dando vueltas cada vez más rápidas y más estrechas, como si hubiesen adivinado el regalo que les iba a llegar desde arriba.

—Feliz fin de semana, Bruce.

—Buen viaje al infierno.

Otra voz gritó:

—¡Ahora!

Bruce se contorsionó entre los poderosos brazos de los verdugos, como si en la última fracción de segundo hubiese tratado de evitar el horrible sacrificio.

Pero fue un movimiento inútil. Siempre son inútiles los movimientos de los condenados cuando en los despachos presidenciales se ha dicho la última palabra.

Y en la habitación oval de la Casa Blanca ya no se hablaba más de Bruce Canyon.

El presidente Carter preguntó amablemente a uno de los chinos:

—¿Quieren tomar un poco más de té?

A muchas millas de allí, en la superficie del Caribe, los tiburones se movían ansiosos en círculos cada vez más rápidos.

—¡Abajo!

El cuerpo de Bruce Canyon salió despedido del helicóptero en una espiral. Durante unos angustiosos segundos recibió los rayos oblicuos del sol y pareció una mancha suspendida en el aire.

Luego se estrelló contra la superficie azul de las aguas. Un ancho y violento círculo se formó en el lugar donde se había hundido.

Una auténtica manada de tiburones hambrientos llegó desde los cuatro puntos cardinales, con un furioso batir de aletas.

El piloto trazó un amplio giro para ganar altura y sacar el aparato de allí. El servicio de guardacostas había anunciado que, pese al buen tiempo, una peligrosa tormenta térmica podía formarse en el oeste. Tenían que regresar a la base de Cayo Hueso.

Uno de los chinos se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió mientras musitaba:

—Esto me recuerda que, con las aletas de tiburón, en los restaurantes de Shanghái y Cantón se cocina una magnífica sopa.

CAPÍTULO II

LAS MANCHAS ROJAS DE LA CALLE GUIN

El hombre desde el tercer piso del edificio, con una agilidad y una precisión que hubiese envidiado un puma. Con los pies juntos y flexionando un poco las rodillas, manteniendo el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, pareció quedar suspendido en el espacio durante unos segundos que se hicieron interminables, hasta que cayó con una precisión milimétrica sobre el techo del automóvil. Y quizá hubiese podido hundirlo a causa de la violencia del impacto, pero el techo de un «Jaguar Mark IV» no se hunde por mucho que un tío se le caiga encima.

Desde el coche de escolta que rodaba unas yardas más atrás, partieron entonces los disparos. El hombre que acababa de asomar por la ventanilla derecha, al lado del conductor, manejaba una «P-38»

de calibre pesado, y envió contra aquella especie de hombre pájaro una verdadera ráfaga. Las balas rompieron la monótona calma de la elegante Guin Strett, en la zona residencial de San Francisco, cerca de los jardines japoneses, mientras el chófer del primer vehículo, es decir el «Jaguar», hacía una violenta maniobra para tratar de derribar al hombre que tenía encima. Y gracias a su maestría lo consiguió, pero diez segundos demasiado tarde.

Porque el hombre ya había colocado sobre el techo del «Jaguar» una mina magnética capaz de hacer saltar un tanque. E inmediatamente brincó en el aire mientras las balas de la «Luger» le pasaban entre las piernas.

Caso de estar el tirador en un sitio fijo le hubiera alcanzado, pero en aquellos breves segundos no había podido lograrlo a causa del vaivén de su propio coche y los vaivenes del otro. Cuando pudo

afianzar la puntería, ya el hombre pájaro había saltado al aire. Y entonces fue cuando en Guin Strett se produjo el infierno.

La mina magnética estalló.

Todo el «Jaguar» se convirtió en una bola de fuego.

El conductor y el hombre que iba detrás ni siquiera se dieron cuenta de que morían. La onda expansiva los destrozó. Todo el lujoso «Mark IV» quedó convertido en un andamiaje de hierros retorcidos, devorados por las llamas.

El «Mercedes» que iba detrás pudo frenar a tiempo. Tres hombres saltaron de él. Una verdadera nube de plomo se abatió sobre el hombre que había colocado la mina.

Pero aquel hombre ya no se encontraba allí. Había entrado como un gato en el callejón que une Guin Street con Franklin Road. Todo el aire se llenó de estampidos y de rayas de fuego.

Y entonces pudo verse la palabra «FIN».

La proyección fue cortada. Las luces de la sala se encendieron. Los cinco hombres que se encontraban ante la pantalla tenían sus caras contraídas en una mueca idéntica, como si les hubiesen cortado las cabezas con un mismo patrón.

Aquellas cinco caras no eran de las que aparecen fotografiadas en los periódicos ni en las revistas. Jamás se las encontrarían los domingos por la mañana los lectores de *Time* o del *Washington Post*. Nunca esos hombres irían a fiestas, a recepciones, ni recibirían saludos afectuosos en los cócteles de las embajadas. Aquellos hombres que habían nacido en la oscuridad y morirían en las tinieblas pertenecían a uno de los cuerpos más secretos y herméticos del mundo, como es el Servicio de Seguridad Interior de la Presidencia de los Estados Unidos.

Todos ellos habían visto la película dos veces. Hubieran podido repetir cada gesto, cada sonido, cada detalle.

Fue Bronson el que rompió el denso silencio de la sala de proyecciones para decir:

—Esta película la tomó por pura casualidad un aficionado que acababa de comprar una cámara de dieciséis milímetros y la estaba probando en Guin Street, sin tener la menor idea de que se iban a producir delante de su objetivo esos extraños hechos. Todos han visto que las tomas son muy imperfectas y que incluso el principio del salto no se aprecia bien, pero sin embargo, la película permite

seguir los movimientos uno a uno. Si lo desean, la pasamos otra vez.

Sus compañeros hicieron un leve gesto negativo. Uno de ellos se puso a jugar con un cigarrillo, sin encenderlo, como si las manos se le hubiesen vuelto torpes de pronto. La caja que contenía la película les fue entregada.

El propio Bronson musitó:

—Tenemos la seguridad de que el aficionado no conserva ninguna copia. Este original es el único que existe.

—Lo dábamos por descontado —dijo Cliff, encargado de un archivo secreto al que sólo tenían acceso—. Y lo único que me pregunto es si el secretario de la embajada china y su chófer se dieron cuenta de que morían.

—No. La onda expansiva de la mina antitanque los destrozó en fracciones de segundo. Fue una muerte espectacular y que parece terrible, pero quizá en el fondo fue una muerte piadosa. En cuanto a los hombres de la escolta no sufrieron bajas.

—¿Y el que colocó la mina? ¿El que dio ese fantástico salto? ¿Cómo se llama? En los datos de la película no consta.

—Se llamaba —dijo Bronson.

—¿Se llamaba? —susurró Cliff—. Esto parece aquello del chiste del pistolero mexicano antes de disparar: «Te llamabas, manito».

—Es que ese hombre ya está muerto —bisbiseó Bronson con un hilo de voz.

Se produjo un brusco y denso silencio en la pequeña sala acolchada. Un cigarrillo fue encendido. Se oyó el ruido de los pies del agente de seguridad que había custodiado la puerta.

Larsen, jefe de control, musitó:

—Bien... ¿pero cómo se llamaba?

—Bruce Canyon.

—¿Y qué era? ¿Un asesino a sueldo? ¿Un pariente de Chang Kai Check? ¿Un loco?^[1].

(1) Como se recordará, fue el enemigo irreconciliable de Mao Tse Tung y hasta su muerte presidente de Formosa, o Taiwán, que era en Asia baluarte del anticomunismo.

—No. Un agente del Servicio Secreto.

Se produjo otra vez un denso silencio, como si aquellas incomprensibles palabras no entraran en la mente de nadie. Como si

las hubiera pronunciado de pronto alguien que no estaba en su sano juicio.

—Pero ¿entonces por qué hizo eso? —preguntó Cliff con voz opaca—. Va contra todas las normas de seguridad y convivencia de los Estados Unidos. Precisamente él, ¿por qué cometió esa locura?

—Debe de ser porque estaba loco —susurró Bronson—. Tengo aquí una copia de su ficha. Era un hombre brillante, audaz, que empezó sus servicios especiales en 1966, durante la terrible guerra de Biafra, y salvó a muchas personas que iban a ser ejecutadas por las turbas del general Gowon^[2].

Luego estuvo destinado en Zaire, en Etiopia, en Yemen del Sur, en Vietnam. Jamás falló en un servicio, por difícil que fuera, pero su cerebro no debía ser lo que sus superiores imaginaban. Había algo extraño en él, quizá... Bueno, ahora nos damos todos cuenta de que había acabado por volverse loco, pero cuando los Servicios Especiales lo utilizaban nadie lo sospechó. Quizá había visto tanta sangre que ya no podía creer en nada, excepto en la muerte. Claro que en su ficha hay algo que ya antes nos debió llamar la atención. Dos veces estuvo a punto de fallar servicios especiales a causa de las tormentas.

Todos los rostros se volvieron bruscamente hacia el que hablaba. El propio agente de seguridad musitó:

—¿Qué quiere decir eso de las tormentas? No tiene sentido.

—Para Canyon sí que lo tenía —susurró Bronson—. Era un terror infantil, una tara mental a la que nadie quiso dar importancia, pero que por lo visto hizo un trabajo de zapa en el cerebro de ese hombre. Su madre murió alcanzada por un rayo cuando él tenía cinco años, y parece que eso le marcó. Ni siquiera su amplia cultura y su brillantísimo expediente universitario le hicieron olvidar ese miedo soterrado, ese terror infantil. Cuando había una tormenta, Canyon era incapaz de actuar. Sencillamente, tenía miedo.

—¿Un hombre como él?

Bronson guardó la ficha.

—Las cosas que antes no tenían sentido tienen sentido ahora —musitó—. Ese hombre acabó loco. Debimos haberlo imaginado antes.

—Pero ¿cómo murió? ¿Quién acabó con él?

—Para liquidar el asunto había dos caminos —dijo Bronson—. O bien dar estado oficial a la muerte del secretario de la embajada china, lo que hubiese producido una ruptura de relaciones entre Washington y Pekín, y un absoluto y peligrosísimo disloque en el «status» mundial, o bien atribuir el acto a lo que realmente fue: la acción de un loco. Los chinos estaban de acuerdo en esa segunda solución, e incluso se darían por no informados de la muerte de su compatriota, como si la explosión de Guin Street hubiese alcanzado a unos desconocidos. No pondrían ninguna dificultad a la hora de decir que el secretario de embajada había sido trasladado a Pekín nuevamente y a hacer que nunca más se supiese de él. Total, que en Guin Street no había pasado nada, y las relaciones internacionales seguían igual. Pero, eso sí, exigían una elemental medida de seguridad: la entrega de ese loco para interrogarle ellos.

Los hombres que estaban en la sala sufrieron un estremecimiento. Sabían lo que podía ser un interrogatorio de esa clase. Por ello fue Cliff, con voz insegura, el que preguntó:

—¿Y se accedió a eso? Entonces, ¿cómo es que nosotros no lo sabemos?

Bronson dijo con voz metálica:

—El asunto se mantuvo a nivel de la Casa Blanca.

—¿Quiere eso decir que sólo Carter tuvo acceso al mismo?

—Sí.

—¿Y qué decidió?

—No entregar a Bruce Canyon. Pero prometió en cambio su eliminación absoluta.

Los hombres que estaban allí se miraron.

Entendían aquello muy bien. Pasaba pocas veces, pero pasaba. Los países civilizados lo negaban, pero aun así seguía ocurriendo.

—¿Veneno? —preguntó—. ¿A Canyon se le sugirió el suicidio?

—Algo más sencillo... y más práctico.

—¿Qué?

La voz sonó como un susurro:

—Fue arrojado al Caribe desde un helicóptero, en presencia de dos testigos del servicio secreto chino. Cayó sobre docenas de tiburones.

Y dirigiendo una última mirada a la ficha, añadió:

—Descansen en paz.

—¿Descansen en paz? ¿Quiénes?

—Los tiburones —gruñó Bronson—. ¡Pero si está clarísimo!
¡Basta con leer la ficha y ver la clase de tipo que era Canyon!
¡Todos ellos, a la primera dentellada, habrán muerto envenenados!

Y llevó la película al archivo de donde ya no debería volver a salir jamás. Los hombres de la Seguridad Interior se retiraron en silencio.

Nadie llevaría más luto por Bruce Canyon. Cuando salieron de allí, ellos mismos hicieron un esfuerzo para olvidar su nombre.

CAPÍTULO III

LAS MANCHAS BLANCAS DE LA DULCE CLERY

El hombre, en el momento de eyacular, se retiró bruscamente de la vagina femenina y derramó todo el semen sobre el vientre de la mujer, que se estremeció mientras notaba aquel contacto caliente y viscoso. Miró hacia abajo, vio que estaba llena de manchas blancas y entonces recibió aquella bofetada en pleno rostro.

Su semental, un gigante de ciento veinte kilos, le había vuelto casi la cara del revés. Con la expresión del que acaba de ser burlado en algo muy importante, masculló:

—¡No te volveré a aguantar otra vez, zorra!

Ellen Clery se estremeció de dolor y de sorpresa.

—Pero ¿qué te pasa, Clark? —gimió.

—¡La próxima vez, o tomas la píldora o te dejaré embarazada! ¡No me gusta terminar con una mujer de esta manera! ¡No lo olvides o vas a ir al hospital con la tripa hinchada y todo!

—Yo... Bueno, lo siento, Clark... Es que esta vez me has pillado de sorpresa. Me has telefoneado cuando acababa de pasar una enfermedad, y en esas condiciones el médico no me dejaba tomar la píldora.

Clark hizo un gesto de hastío.

Terminó de eyacular, ahora sobre los senos de la mujer, y luego se retiró mientras decía con voz espesa:

—Siempre es un lío dejar embarazada a una chica de quince años como tú. Pero, si no fuera por eso, te juro que ibas lista.

Clery fue medio arrastrándose a la ducha, pues hasta los huesos le dolían después de las brutales embestidas del macho. Tenía la sensación de que la mitad de su cabeza ardía a causa del bofetón, y quería poner la cabeza bajo el agua. El semen resbalando por su piel

le producía además una indefinible sensación de asco.

Llevaba sólo un mes en el oficio, y no se había acostumbrado aún. Vio a Clark que se empezaba a poner los pantalones con los movimientos groseros de siempre.

En aquel momento llamaron con los nudillos a la puerta.

—¿Ocurre algo? —preguntó desde el otro lado la voz de la alcahueta—. Me ha parecido oír una bofetada.

—Se la he dado yo —dijo brutalmente Clark—. ¡Váyase a la mierda, so puta!

La otra dijo, sin ofenderse:

—¿Es que la chica no se ha portado bien?

Clark no contestó.

—Ah, ya sé —dijo la tía desde el pasillo—. Es que a usted, señor Clark, le gustan demasiado jovencitas, y eso tiene sus problemas.

—Quizá tenga razón. Otro día me la busca de veinte años.

—Conozco algunas aquí, en Nueva Orleans, que lo hacen muy bien, señor Clark, y le saldrán más baratas que Ellen Clery. Por cien dólares se las puedo proporcionar, habitación aparte. Y son chicas que trabajan en despachos y oficinas, chicas decentes donde las haya, oiga.

Clark gruñó:

—Lo pensaré.

Se había vestido ya. No llevaba más que unos pantalones y una camisa floreada, pues hacía calor en Nueva Orleans.

Dirigió una mirada de desprecio a la semi colegiala que estaba en la ducha y dijo con voz opaca:

—Adiós, zorrita.

La casa de citas era penumbrosa y vieja.

Estaba en el barrio francés.

El largo balcón de hierro, comido por los años, parecía haber servido para ambientar aquella película: *Un tranvía llamado deseo*.

La alcahueta susurró en la penumbra del pasillo:

—Hasta pronto, señor Clark. Ya sabe: por nosotras no se priva.

—Es posible que vuelva mañana —dijo Clark.

Y pasó al recibidor.

Fue allí donde la vio.

Larga melena que le caía por encima de los hombros.

Senos agresivos y tensos.

Falda muy cortita, tan cortita que hasta le descubría el monte de Venus.

Medias grises con ligero clásico.

Labios provocativos y dulces.

Ojos de zorra.

Clark acababa de salir de una habitación, pero comprendió entonces que necesitaba con toda urgencia meterse en otra.

Se había excitado terriblemente solo con ver a aquella mujer.

Notaba entre sus piernas un bulto que no le dejaba andar.

La alcahueta se deslizó tras él.

—Oiga, señor Clark.

—¿Qué?

—Es nueva.

—Fabulosa. ¿De dónde ha salido?

—No lo sé. Es el primer día que viene.

—¿Buscando guerra?

—Buscando ganarme un sobresueldo —dijo la chica poniéndose en pie—. Llevo dos años trabajando en las oficinas navieras de la American Line y todavía no me han subido el jornal ni una sola vez. De modo que calcula...

Clark ya había calculado.

—Cien dólares —dijo.

La alcahueta susurró:

—Ciento cincuenta.

—De acuerdo.

—Pero ¿no quiere descansar, señor Clark? ¿Ya se ha puesto en forma otra vez?

—O actúo con esa tía o alguien tendrá que coserme los pantalones —dijo brutalmente el hombre.

—Está bien, está bien, pase con ella ahí. ¡Ay, cuando se entere la pobre Clery!

La chica entró en el cuarto.

La habitación era pequeña y triste. A través de su balcón entreabierto penetraban lejanas músicas de jazz de las cavas y todos los mil rumores dispersos del barrio.

Pero ¿qué importaba? Clark no veía más que la mujer, no escuchaba más que la respiración de la mujer, no deseaba más que la mujer. Todo lo demás había dejado de existir para él en este

mundo.

Pero simulando una serenidad que no sentía, ordenó:

—La falda fuera.

Ella se la quitó.

Tenía unas piernas sencillamente alucinantes. Las manos se iban hacia ellas. Eran una obsesión.

Pero Clark preguntó con desprecio:

—¿Cómo te llamas, tía?

—Vilma.

—Eso se lo creará tu madre.

—Bueno, pues llámame como quieras.

—De acuerdo, Vilma, de acuerdo. ¿A mí qué más me da? Hala, vueltas.

—¿Qué?

—Que te des vueltas, podrida. Quiero verte por detrás. Ella obedeció.

La retaguardia era portentosa.

Rompía las finas braguitas de encaje.

Clark fue a meter mano.

Le rompería las braguitas de un tirón.

No podía esperar más.

Y entonces llegó la coz.

Fue un trallazo casi mortal.

Ella le había clavado uno de sus finos tacones en el bajo vientre. Clark sintió como si el canuto que a veces le hacía tan feliz le saliera por la oreja izquierda. Se llevó maquinalmente las manos a la zona afectada mientras las rodillas se le doblaban y balbucía:

—Perra...

Ella se volvió inmediatamente.

Giraba con la velocidad y la gracia de una bailarina.

Disparó su antebrazo.

¡Clas!

Tres dientes de Clark parecieron cambiar de sitio.

Unió las dos manos.

Y las disparó, formando un solo puño cerrado, como un jugador de golf, que se dispone a asestar un golpe con todas sus fuerzas.

¡Blam!

La nariz de Clark pareció partirse en dos.

Loco de ira intentó contraatacar.

A causa del dolor en el bajo vientre, iba con el cuerpo encogido y llevaba la cabeza baja.

¡Trac!

La chica había disparado la rodilla derecha. Una de sus medias se rompió a causa del impacto, pero también estuvo a punto de partirse la mandíbula de Clark. Y una mandíbula de recambio no se encuentra como un par de medias, en un supermercado.

El hombre cayó al suelo mientras notaba en su cerebro las brumas del K.

O. Jamás

había recibido tantos golpes, tan seguidos y tan certeros. Con ojos nublados miró a aquella desafiante diosa de carne que le miraba desdeñosamente desde arriba.

—Mierda —dijo ella—. Pura filfa.

—A ti, zorra asquerosa, te voy a...

—Me parece que si te sigo viendo me entrará diarrea, Clark. No tendré más remedio que despedirte.

Él notó que se le abría la boca.

Por un momento pensó no haber oído bien.

—¿Despedirme? —farfulló.

Ella preguntó con desprecio:

—¿Cuál fue el último trabajo que hiciste para la Limm Company?

—¿La Limm?

—Sí, la agencia de protecciones personales y de asesinos de la cual cobras cada mes.

—Pero ¿tú qué sabes de... de eso?

—Soy la nueva dueña —dijo Vilma con voz opaca—. Mi padre murió hace quince días y me dejó el negocio. Yo ya conocía el asunto bastante bien, porque en los últimos tiempos asesoraba a mi padre, pero he querido comprobar personalmente cómo trabajan algunos de mis tiburones. Aunque eso de llamarte tiburón a ti... ¿sabes qué te digo? ¡Mierda!

Clark estaba tan asombrado que el asombro se había convertido casi en terror. No se atrevía ni a ponerse en pie.

—De modo que tú eres la... la...

—Sí. Soy tu jefe.

Clark balbució:

—Lo... lo siento.

—Necesitas ganarte la vida, ¿verdad, podrido?

—No tengo más sueldo que ese...

—Pues lo gastas bien...

—Un hombre soltero como yo tiene derecho a divertirse un poco.

—De acuerdo, muchacho, de acuerdo. Te vas a divertir.

Y la chica se quitó las braguitas de golpe.

La visión fue como para caerse muerto.

Y una lucecita de esperanza brilló en los ojos del granuja. ¿Quizá ella, después de todo, lo consideraba un gran macho y quería que...?

Vilma le enseñó las braguitas. No estaban demasiado limpias, pese a todo. Cuando uno las miraba con atención, resultaba un trozo de tela ligeramente infecto.

—Abre la boca.

—¿Para qué? —balbució Clark.

—¡Abre la boca!

Él obedeció. Entonces ella le metió las braguitas hasta la garganta.

—Buen provecho —dijo.

Clark se llevó las manos a la garganta, lanzó un gruñido y las escupió mientras tenía una arcada en la que pareció como si fuese a sacar la primera papilla.

—No había necesidad de esto —barbotó.

—Así te hartarás de olor a mujer por una temporada. Y ahora ponte en pie.

Clark volvió a obedecer. Jamás le habían humillado, tanto. Pero estaba tan sorprendido que no se atrevía ni a chistar, teniendo en cuenta además que de su empleo actual dependía su vida. Cuando la policía supiera que estaba sin trabajo le anularía la libertad provisional y entonces...

Porque, eso sí, la Limm Company era oficialmente una agencia de representaciones comerciales, y Clark estaba en la nómina como asesor de ventas.

Ella se volvió a poner la falda y dijo con voz opaca:

—Vas a tener que viajar.

—¿Un... trabajo?

—Sí.

—¿Me has buscado para eso?

—Te he buscado por todo Nueva Orleans, hasta que he podido saber que te pasas la vida aquí. Menudo sitio. Una mujer pasa por la esquina de la calle dónde está esta puñetera casa y sólo con eso ya ha perdido el virgo. Me parece que voy a tener que ocuparme muy en serio de tu conducta, pero por ahora hay algo más importante que hacer. Tienes que ir desde Nueva Orleans hasta San Francisco, saliendo esta misma noche.

—¿Hay que acabar con alguien en San Francisco? —musitó Clark.

Eso era lo que más le gustaba. Una liquidación en una ciudad lejana, donde resultara desconocido, era casi siempre un trabajo sencillo y limpio, y además la empresa pagaba una prima. Pero ella le desencantó diciendo:

—No. Es una protección.

—¿Un viaje aéreo?

—En coche.

—Pues durará días.

—Ése es tu problema, Clark. Quiero que la persona protegida llegue a San Francisco sana, salva y sin problemas, pues para eso nos pagan un precio especial. Es uno de los mejores contratos que ha tenido la Limm Company, y no quiero que nada falle. Si esa persona sufre el menor rasguño durante el viaje por una desidia tuya, serás despedido. Y si esa desidia es grave, el resto de mis hombres se ocuparán de acorralarte y matarte como a una rata.

Clark hizo un gesto afirmativo. Sabía que aquélla era la norma en la organización: o trabajabas bien o morías. Por lo tanto dijo:

—Esa persona hará el viaje felizmente. ¿Quién es?

—Ya lo verás. Dentro de una hora exactamente subirás a su coche, que estará esperando en el parking del hotel Sheraton. Es un «Porsche» amarillo inconfundible. Ocupas la plaza contigua a la del conductor y ya está. Todos tus gastos correrán de su cuenta, y además la compañía te hará una liquidación cuando entregues la «mercancía» en San Francisco. Como armas, deberás llevar todo tu arsenal acostumbrado.

—Okay —dijo Clark.

Y miró de nuevo a aquella mujer, la que más le había, gustado y más le había asombrado en todos los malditos días de su vida. Sólo entonces se dio cuenta con absoluta certeza de que jamás le llegaría a tocar un centímetro de su piel, de que Vilma estaba tan lejana como si viviese en las estrellas y él en el fondo de una ciénaga.

Vilma demostró ser una chica bien educada. Musitó:

—¿Te gusto?

—Pues... pues... sí.

—Entonces toma estos diez dólares extras. Te compras un vibrador bien grande y lo chupas de vez en cuando. Así estarás entrenado para cuando tengas que cambiar de oficio. Maricón.

Y volvió la espalda con un gesto de desprecio. Clark salió de allí tan hundido que por poco se acaricia el ombligo con la lengua.

Claro que era en esos momentos cuando resultaba más peligroso. Pero todo ello ya no le importaba a Vilma.

CAPÍTULO IV

MANCHAS ROJAS EN EL «PORSCHÉ» AMARILLO

Clark estaba asombrado.

Creyó que después de lo sucedido con Vilma ya no volvería a asombrarse nunca más, pero debía estar escrito que esa última jornada en Nueva Orleans iba a ser para él pródiga en sorpresas. Porque lo que había encontrado en el «Porsche» color limón era como para dejarle sin habla.

Aquella cara ovalada, suave y perfecta.

Aquella melena corta y sedosa, de suave color caoba.

Aquellos pechos detonantes que dejaban pequeños a los de Vilma, y que eran un peligro porque podían atravesar el parabrisas de un coche.

Aquellas caderas torneadas, anchas y duras que sólo tenían las bailarinas negras.

Aquellas piernas largas y sólidas, tan sólidas y compactas que la mano de un hombre debía perderse allí durante horas, buscando los rincones más íntimos.

Y encima enseñándolo todo.

La faldita ridículamente corta. La blusa con el escote en forma de «V». La ropa interior de prostituta cara.

Y todo eso con la expresión ingenua de una colegiala de quince años. Hay mujeres en este mundo que no deberían existir si van a ser para otro, mujeres que no tienen precio.

Ella le esperaba en el interior del «Porsche», quieta en el parking del Sheraton. Sin dirigirle más que una breve mirada, como si Clark fuera un objeto, le había preguntado:

—¿Tú vas a acompañarme hasta San Francisco?

—Bueno, pues yo... En fin... Ejem... Veamos...

—¿Te envía o no te envía la Limm Company?

—Sí.

—Pues entonces arreando. ¿Vas preparado?

—Llevo todo mi arsenal.

—De acuerdo. Sube y conduce tú. Yo no me encuentro del todo bien todavía.

No le explicó lo que no la dejaba sentirse del todo bien, y Clark no se lo preguntó tampoco. Estaba tan asombrado ante aquella belleza con la que tendría que compartir el pequeño habitáculo de un coche deportivo que no acertaba ni a decir palabra. En su estado de calentura casi paroxística desde que vio a Vilma y se quedó con las ganas, no sabía si aquello era una suerte o una maldición.

Y seguía pensándolo mientras rodaban a fuerte velocidad por la autopista. Y no se lo había quitado de la cabeza cuando ella dijo:

—Baton Rouge.

—¿Qué?

—Esas luces son Baton Rouge. Vamos a detenernos ante ese parador, donde hay además una agencia de alquiler de coches.

—¿Para qué?

—Para que tú y yo podamos estar más tranquilos.

—No lo entiendo —dijo Clark—. ¿Qué tiene eso que ver...?

—He elegido este coche porque es muy llamativo —susurró ella.

Clark cambió de marchas para reducir velocidad mientras gruñía:

—Pues peor aún, ¿no?

—Al contrario. Hay que tener imaginación. Tu propia compañía me sugirió que lo hiciese así, por si alguien controla mi viaje y hasta decide seguirme. En Nueva Orleans alquilo un coche muy llamativo, o sea que doy «facilidades» para que se me controle. Pero en Baton Rouge lo cambio y elijo otro mucho más discreto. Puede apostarse diez contra uno a que el «Porsche» lo alquilarán mañana otra vez, pues es un deportivo del que se encapricha cualquiera. Y puede apostarse también diez contra uno a que si alguien me sigue se irá detrás del «Porsche» y no detrás de mí. Cuando se den cuenta de su error, tú y yo estaremos ya a muchas millas de distancia y se habrá perdido nuestra pista.

Clark hizo un gesto afirmativo. Llevaba ya dos años trabajando para la compañía y aún seguía asombrándose de que pensarán en

todo. Mientras pulsaba suavemente el freno, dijo:

—¿Por qué habrían de perseguirte?

—Eso es cosa mía.

—Ya sé que si te gastas dinero en que la Compañía te proteja es porque estás en peligro, pero entre todos los clientes a los que he tenido que acompañar eres quizá la más silenciosa. No sé ni siquiera tu nombre.

—Perdona. Creí que te lo había dicho.

—No.

—Me llamo Nora.

—Encantado, Nora. Vamos a viajar juntos durante bastante tiempo y estoy seguro de que nos llevaremos bien. ¿Cuál es la agencia de alquiler de coches? ¿Esa de la derecha?

En efecto, había unos grandes anuncios luminosos al lado del Motel. Se detuvieron allí y dejaron el deportivo color limón, para sustituirlo por un amplio «Chevrolet» rojo de cinco plazas. Ambos coches quedaron aparcados juntos, pero Nora sólo disponía de las llaves de uno de ellos a partir de ese momento, pues las otras ya las había devuelto a la agencia. Antes de seguir viaje por las profundidades del Sur, fueron a tomar un bocadillo al motel.

Cuando terminaron, se había hecho tarde. No pasaba apenas nadie por allí. Había luna llena y su resplandor alumbraba la autopista casi como si fuese de día.

Clark dijo:

—Voy al lavabo.

—Bien. Te esperaré en el coche mientras reviso la documentación.

Nora avanzó hacia la agencia de alquiler de coches, que ya había cerrado las oficinas. Las luces, por lo tanto, estaban apagadas. Bajo la luz de la luna, el «Porsche» color limón, que no meterían en el garaje hasta la mañana siguiente, destacaba junto al apacible «Chevrolet», típico coche de un padre de familia.

La mujer le dirigió sólo una mirada de soslayo.

Estaba seguro de que no lo vería más.

Pero se detuvo de pronto, bajo la claridad plateada de la luna, mientras sentía que se le erizaba bruscamente el pelo de la nuca.

Porque sobre el capó color limón había dos extensas manchas rojas. Porque hasta uno de los neumáticos se deslizaba

silenciosamente la sangre, gota a gota.

El arma mortífera, la más silenciosa y siniestra que Nora había visto jamás, pasó rozando su cara como una maldita exhalación. Hasta el fondo de los nervios de la muchacha llegó como un impacto la sensación de la muerte.

El hombre había aparecido de pronto en su campo visual, surgiendo de las sombras como si acabara de nacer en ellas. Llevaba un traje negro y un sombrero también negro, igual que si fuese un sepulturero, pero en cambio la pistola que empuñaba era blanca. Se trataba de un arma de largo cañón y enorme boca, como si fuese un lanzagranadas en pequeño.

De allí partió como un soplo aquel extraño proyectil que Nora no había visto nunca.

Parecía un arpón de los que se usan para cazar ballenas. Tenía una puntaafiladísima, capaz de atravesar cualquier objeto y de perforar de lado a lado a un hombre, y además el arpón iba unido a un filo hilo de nylon que tenía su otro extremo en la pistola, a la que continuaba unido. De ese modo el hombre que acababa de disparar podía no sólo matar a su enemigo, sino también arrastrarlo por medio del cable de nylon y llevárselo como si se llevara un gigantesco pez.

Fue ese arpón el que silbó junto a la cara de la mujer.

Nora ahogó un gemido.

No tuvo tiempo para más.

Pensó que habían fallado, pero que iban por ella.

Sólo entonces, al oír el seco ruido metálico, se dio cuenta de que el arpón acababa de hundirse en la carrocería del «Porsche». Si llega a dar en un cuerpo humano, lo atraviesa por completo.

¡Y todo eso en el más absoluto silencio!

Se volvió como una alucinada y miró hacia allí. Fue entonces cuando pudo distinguir por segunda vez el brillo de la muerte.

El cuchillo con mango de plomo casi la rozó también.

Los ojos de Nora se desencajaron.

El lanzamiento había sido maestro. Ni en un circo podía verse aquella precisión y aquella rapidez. Como en una extraña pesadilla silenciosa, Nora vio que el hombre de la pistola-arpón se encogía y lanzaba un chorro de sangre por la boca, al recibir en el pecho, a la altura del corazón, el puñal con mango de plomo. El seco chasquido

le indicó que se había clavado hasta las cachas.

Otra vez la cabeza de Nora giró. Quería saber de dónde había partido aquel lanzamiento maestro.

Y vio al hombre por primera vez.

Era en verdad un extraño tipo.

Alto y fuerte como un luchador profesional del peso máximo. Ojos quietos, grises, penetrantes y duros. Ropas bastante deportivas, consistentes en una camisa abierta, una americana de cheviot y un pantalón gris. Pelo negro y más bien corto. Puños que parecían de acero, uno de los cuales aún vibraba después del lanzamiento.

El hombre también la miraba. Durante unas fracciones de segundo el desconcierto brilló en sus ojos, como si pensara que era un grave contratiempo el que alguien hubiera sido testigo de aquella muerte.

Pero no era sólo eso.

Ahora se dio cuenta Nora.

Dentro del «Porsche», en el asiento del conductor, también había un muerto. Era un hombre joven, igualmente vestido de negro, y con el sombrero del mismo color caído sobre la cara. Todo el pecho estaba cubierto de sangre.

Y de allí también salía el mango del cuchillo, como un macabro trofeo. Un mango al que no le faltaba detalle, pues hasta llevaba unas iniciales grabadas en plata.

Nora sintió por unos momentos que todo daba vueltas en torno suyo. Maquinalmente necesitó apoyarse en el capó del «Porsche».

Y sintió que sus dedos se impregnaban de sangre.

CAPÍTULO V

MANCHAS DE LICOR EN LAS MEDIAS GRISES

—No se preocupe —dijo el desconocido, señalando el cuchillo clavado en el tipo del interior del «Porsche»—. No son las iniciales del muerto.

Y avanzó hacia ella. Había algo de terrorífico en aquel hombre, algo que no se podía explicar, y sin embargo, no daba miedo. Era como una máquina infernal, pero Nora pensó que esa máquina no iba a dañarla a ella. ¿Era quizá porque aquel hombre había bajado las manos, como si no pensara atacar más? ¿Por su mirada cargada de indiferencia? ¿O porque había un principio de sonrisa en su boca?

La mujer se limpió inconscientemente las manos en la misma chapa del «Porsche». Estaba tan asustada que no sabía lo que hacía. No se daba cuenta de que allí dejaba huecas que luego encontrarían con mucha facilidad. Pero el desconocido hizo entonces otra cosa sorprendente.

Arrancó unas anchas hojas del chopo que estaba plantado junto al parking y las pasó con fuerza por encima del sitio en que Nora había apoyado los dedos, todo eso sin decir una palabra. Luego las arrojó al suelo. A continuación sacó una botella-petaca llena de ginebra y dijo a la mujer:

—A ver, tiéndame las manos.

—¿Para qué?

—Sólo pretendo limpiárselas. Esto es como si fuese alcohol puro. Esté tranquila.

Y derramó un chorro encima de las manos de Nora, aquellas manos que de pronto le daban asco a ella misma. Pero casi al instante se sintió mejor, como si en parte se hubiese purificado.

Se daba cuenta, sin embargo, de que la situación era irreal. Estaba junto a un coche que poco antes condujo ella misma, y en el cual había un muerto. A poca distancia había otro muerto, que antes había tratado de liquidar al hombre que a su vez los había liquidado a los dos. Nora se dio cuenta de que estaba ante un auténtico verdugo, pero ésa era la única cosa que quedaba clara en su cabeza.

Balbució:

—¿Quién es usted?

Le preguntó temblorosamente, mientras miraba en torno suyo por si había alguna posibilidad de huir. Porque no hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que aquél podía matarla.

—¿Y usted? —retrucó él.

—Yo me llamo Nora.

—¿Adónde va?

—A San Francisco.

—¿Por carretera?

—Sí.

—Es un viaje de todos los demonios.

—Necesito hacerlo por carretera —musitó ella—. ¿Es que eso le importa?

—No, no... Pero me gustaría saber si ha alquilado algún coche aquí.

—Sí. Ese «Chevrolet».

—Pues antes ha mirado el «Porsche»...

—El «Porsche» es el que me ha traído hasta aquí, pero lo he cambiado. Necesito un coche un poco más amplio, y por eso he elegido el «Chevy». Y ahora que he contestado a todas sus preguntas, ¿puedo, al menos, saber quién es?

Nora sentía cada vez más miedo, pero era eso mismo lo que le daba una creciente serenidad. Necesitaba comportarse con una naturalidad total, porque sabía que, si chillaba o se ponía a correr, estaba perdida.

—Llámeme John —dijo él.

—¿Es ése su nombre?

—No, pero sirve igual que cualquier otro.

Ella tragó saliva mientras señalaba, con el mentón, uno de los muertos.

—¿Quiénes... quiénes son? —farfulló.

—Ya lo ha visto: gente que quería trincarme.

—¿Asesinos?

—Tal vez.

—Oiga, John, ¿no puede ser un poco más explícito? ¿Se da cuenta de que...?

—Sí, me doy cuenta de que usted puede ser un testigo de cargo, capaz de enviarme al infierno, pero no me preocupa eso. Usted no hablará.

Nora palideció mortalmente.

—¿Es que va a... a...? —balbució.

—No tema. No voy a matarla, si no es absolutamente indispensable. Al decir que no hablará, me refiero a una cosa mucho más sencilla.

—¿Qué... cosa?

—Voy a acompañarla en su viaje.

—¿Está loco?

—No, loco no. Es que aquí se ha dado una afortunada casualidad, nena.

—¿Cuál?

—Yo también voy a San Francisco.

Nora sintió que le fallaban las rodillas. El pozo en que se estaba metiendo era más y más profundo cada vez. De pronto, sintió un pánico terrible a no poder salir de él ya nunca.

¡Y el maldito de Clark, que debía protegerla, seguía sin venirle!
¡La había dejado sola en el peor momento! ¡Aquel cabrón se iba a pasar en el lavabo media semana!

El desconocido llamado John, que no se llamaba John, sonrió secamente.

—No se preocupe —dijo—, en el «Chevy» sobran plazas, yo pasaré mis gastos. Además le prometo que, durante el viaje, le voy a contar todos los chistes de putas que tengo en mi repertorio. Lo va a pasar usted bomba.

Ella balbució, sintiéndose al borde de la desesperación:

—Pero ¿por qué no usa otro sistema para largarse? Desde Baton Rouge salen aviones. Aquí aterrizan la Delta Airlines, la Eastern y la Air Canadá. Si quiere, le pago el billete hasta San Francisco, y me deja en paz. Le juro que no hablaré. No tengo ninguna necesidad de

meterme en líos, de modo que será como si no hubiese visto nada.

Él negó con la cabeza.

—No puedo usar estaciones de ferrocarril, aeropuertos ni muelles marítimos o fluviales. Cualquier sitio donde haya un mínimo control de pasajeros, está prohibido para mí. Aun yendo en coche, no estoy demasiado seguro de poder esquivar todos los controles de la policía.

—¿Por qué? —preguntó Nora, con un hilo de voz, sintiendo que se ahogaba.

—Soy un fugitivo.

—Y... ¿cuál es la razón?

—Sencilla: soy un condenado a muerte.

Otra vez las rodillas de Nora vacilaron. Aquélla era una complicación tan tremenda, tan inesperada, que le parecía imposible resolverla. Pero la voz metálica del hombre sonó para ella como una sentencia.

—Tienes que llevarme a San Francisco, Nora —musitó—. Nos iremos turnando en la conducción, y no te pasará nada. Pero si ahora discutes, te aseguro que robé tres puñales como éstos, en una tienda de antigüedades. Y por lo tanto, me queda uno.

La amenaza era tan evidente, que Nora sólo supo decir:

—Es que no viajo sola...

—¿No? ¿Con quién viajas?

—Llevo un amigo.

—¿Un tío que se mete en la cama contigo?

—No.

—¿Pues qué?

—Digamos que es un socio. Pero te advierto que sabe pelear. Mal irán para ti las cosas, si le provocas.

—Es posible, nena, pero, en todo caso, estoy seguro de que peor irán para él. Más vale que le convenzas de que hemos llegado a un acuerdo, si no quieres verlo tendido patas arriba, apenas aparezca.

La mujer tragó saliva, porque Clark aparecía justo en aquel momento. Aún se estaba ajustando muy groseramente el cinturón. Al ver en la penumbra a John, tuvo una leve sacudida, y llevó con mucha discreción la derecha a dos dedos de la funda axilar, donde guardaba la pistola. Su gesto fue el de un profesional que te envía al infierno de dos balazos, mientras te pide lumbre para un cigarrillo.

¿Fue el deseo en evitar un tiroteo allí mismo, lo que tuvo a Nora? ¿Fue la certeza de que ya habría mejores momentos para librarse del desconocido? ¿O fue tal vez la sensación de que se enfrentaba a lo inevitable? El caso fue que dijo:

—Clark, este hombre al que ves se llama John, y es amigo mío. Nos hemos encontrado aquí por casualidad. Tiene el coche averiado, y me ha pedido si puede acompañarnos durante unas cuantas millas.

Los dientes de Clark rechinaron suavemente, como los de un felino.

—Pues no está en un sitio tan malo —murmuró—. ¿Por qué no alquila un coche?

—La agencia está cerrada, y yo necesito emprender viaje sin falta, igual que ustedes —dijo el verdugo, con su mejor sonrisa.

Clark miró a Nora.

No había visto los cadáveres, porque el del «Porsche» estaba oculto, y al otro lo tapaba intencionadamente la muchacha con su cuerpo.

Nora hizo un leve gesto afirmativo, en silencio.

—Será mejor —dijo al cabo de unos instantes.

—Está bien. Suba. Pero yo iré detrás.

—¿Para vigilarme? —preguntó John, siempre con su mejor sonrisa.

Clark gruñó:

—Para tocarme las pelotas, sin que usted me vea.

—Tocarse las pelotas es un sano ejercicio —dijo el John que no se llamaba John—. Así, al menos, uno se convence de que las sigue teniendo.

—¡Oiga! ¿Qué quiere decir?

—Nada, hombre, nada... No es por criticar. Yo mismo practico ese ejercicio muy asiduamente. Me toco las pelotas cada mañana, pero llevo un tiempo que estoy preocupado.

—¿Por qué?

—Porque últimamente solo me toco tres, y estoy seguro de que antes tenía cuatro.

Los dientes de Clark chirriaron. No sabía qué pensar. Aquel tipo, absolutamente desconcertante, no encajaba, de ninguna manera, en su universo mental. Pero el John que nunca había pensado llamarse

John, le ahorró pensamientos abriendo una de las portezuelas del «Chevrolet» e instalándose junto al asiento del conductor.

Nora tomó los mandos.

—Nos alojaremos veinte millas más allá de Baton Rouge —dijo—. Hay allí una excelente serie de moteles.

Y dio gas, sabiendo que quizá allí se libraría del verdugo. En los moteles, al menos, piden la documentación.

Pero el verdugo, en contra de lo que esperaba, no dijo nada. Sólo se encogió de hombros, mientras gruñía:

—Lo malo es que a esta hora no voy a poder meterle mano a ninguna camarera. ¡Qué lástima...!

En el motel que eligieron, y que era el único que estaba abierto, había mucha animación, a pesar de lo avanzado de la hora. Coches más o menos lujosos salían con parejas que se manoseaban, ya antes de subir. Otras se metían, sin disimulo, en las habitaciones, los tíos subiéndoles la falda a las tías, mientras se desabrochaban la bragueta. Por lo visto, en el restaurante anexo al motel se había celebrado una animada fiesta, y las consecuencias posteriores estaban a la vista.

Clark musitó:

—¿Es indispensable que nos quedemos aquí?

—Llevamos ya muchas horas de volante, y hay que descansar. No he visto ningún otro sitio que esté abierto —dijo Nora.

En realidad, ella pensaba que acababan de llegar a un lugar excelente para librarse del falso John, pero eso no podía decirlo. Le dirigió una fugaz mirada de soslayo, y se dio cuenta de que, cosa extraña, el verdugo estaba perfectamente tranquilo.

Se detuvieron ante la entrada de Recepción. Los coches con las parejas habían desaparecido en un santiamén, quizá porque esas cosas —ya se sabe—, son de la máxima urgencia. Sólo quedaba un «Ford» Granada, con un tío y una tía dentro. Desde Recepción se oía protestar a la tía, diciendo que era virgen.

El tío trataba de arreglarlo, diciendo:

—Te equivocas. La virgen lo debe ser tu madre.

Fue Nora la que pidió:

—Tres habitaciones y garaje para un coche.

—Desde luego. Su documentación, por favor, señores.

Ella mostró la suya. La llevaba en regla y, por lo tanto, no había

problema. Clark también la llevaba en regla, porque la Limm Company tenía el máximo cuidado en eso. Miraron silenciosamente a John, mientras éste sacaba su cartera.

—Mi permiso de conducir —dijo^[3].

—Bien, señor. ¿Quiere firmar?

Se inscribieron en el libro registro, y luego fueron a sus habitaciones, sin decir una palabra. La verdad era que Nora se sentía cansada, agotada y con los nervios a punto de estallar. Apenas se hubo quedado sola, y después de cerrar bien con llave, se desnudó rápidamente y se metió bajo la ducha.

El agua tibia le sentó bien.

Relajaba sus nervios, como un bálsamo. Le hacía pensar que todo se arreglaría. Que llegaría a San Francisco, sin que pasase nada.

Salió, al fin, de la ducha, con el cuerpo empapado. Fue a buscar la toalla que tenía al alcance de la mano.

Y de pronto, estuvo a punto de lanzar un grito. Clark estaba allí, medio apoyado en una de las butacas. La miraba burlonamente, mientras sostenía en la derecha una botella de licor.

Con voz pastosa, la saludó, diciendo una sola palabra:

—Putá.

Nora se estremeció.

Sintió el ultraje en su carne como una puñalada.

—¿Cómo has entrado? —balbució.

—Sencillo... Estaría bueno que un empleado de la Limm Company se viera frenado por una cerradura tan barata como la de la habitación de un motel.

—La... ¡lárgate de aquí!

—Narices. En este cuarto tengo derecho de admisión.

—Clark, tú eres un empleado de la Limm Company...

—Y tú, una mamona.

—Te voy a...

Clark no la dejó terminar la frase. Rió silenciosamente.

—¿Crees que me he tragado lo del amigo? —murmuró—. Ese tío es algo más para ti. Con ese tío te has acostado docenas de veces.

—Estás borracho, Clark...

—¿Borracho? ¿Borracho porque llevo una botella en la mano? Pues aún no he bebido apenas nada, muñeca. Mira... está casi llena.

Y si he venido aquí es para decirte una cosa, zorra: si te acuestas con él, también te acostarás conmigo.

Ella se estremeció.

—Mañana mismo llamaré a la Limm Company para que te cambie —dijo—. Yo he contratado un perro de presa, no un sapo.

La bofetada le hizo caer sobre la cama.

Allí quedó, con las piernas abiertas, enseñándolo todo.

Los ojos voraces de Clark se fijaron en el agujero de su sexo.

—Me gustas... —musitó—. Me gustas, puerca...

Y pasó la boca de la botella por allí mismo, sin que Nora pudiese impedirlo porque la atrapó de sorpresa.

Luego lentamente deliberadamente, Clark se llevó la botella a los labios, y bebió.

—Así sabe a mujer —dijo.

—Eres un... un...

—Si tú también quieres beber cosas, tengo un canuto que sabe a hombre.

—¡Vete de aquí! ¡Vete de aquíiiii...!

El granuja no se inmutó.

Derramó unas gotas de licor sobre las medias grises que ella se había quitado, y que estaban dobladas sobre el respaldo de una butaca.

Luego se fijó en su vientre.

Y dijo:

—¿Tienes una pequeña cicatriz?

—Sí.

—¿Una cesárea...? No, es una cicatriz demasiado pequeña para ser una cesárea. Además, a ti se te ve muy estrecha y tienes pinta de no haber tenido hijos. El apéndice tampoco puede ser, porque la cicatriz estaría en otro sitio. ¿Qué cuerno te han hecho ahí, mamona?

—Tenía un pequeño tumor, nada importante —susurró la muchacha, dándose cuenta de que sería peor si guardaba silencio.

—¿Y te lo sacaron?

—Sí.

—De todos modos, supongo que eso no te impide funcionar.

—¿Funcionar en qué sentido?

Él rió socarronamente.

—Que seas puta, vale, pero que seas tonta, no.

Y seguidamente dijo:

Y oye bien esto, guarra: hoy sólo he querido avisarte para que te vayas preparando, pero mañana, a estas horas, te voy a meter una cosa que tú conoces hasta sacártela por el ombligo. Ahora ya lo sabes... Ah... Y cuando entre, te quiero ver medio vestida. De ese modo, me excito más.

Dio media vuelta y salió.

Nora sintió que una especie de náusea se clavaba en su garganta, impidiéndole respirar.

No tuvo fuerzas ni para lanzar un grito.

CAPÍTULO VI

MANCHAS DE SANGRE EN LA LUNA

El «profundo Sur» tiene su encanto, su misterio, su magia. Es una de las zonas más atrasadas e injustas de los Estados Unidos, donde el pequeño cacique blanco todavía explota al ciudadano negro, como en los buenos tiempos de la esclavitud, y donde la chica de color de quince años que tiene una buena popa acaba atravesada en cualquier sitio oscuro, muchas veces por el propio ayudante del *sheriff*. Todas las comisiones de los Derechos Humanos han clamado contra eso, contra las condiciones de vida de la gente de color, en el profundo Sur, pero lo cierto es que, desde un automóvil viajando a gran velocidad, nada de eso se nota. Uno ve pueblos diminutos, riachuelos con estanques pantanosos, gigantescos pájaros que cantan en las últimas selvas y enormes campos de maíz, junto a los cuales hay siempre alguna jovencita que orina sin importarle enseñarlo todo. Se tiene la impresión de haber dado con uno de los últimos rincones de la Tierra, donde la vida es aún primitiva, salvaje, natural y, por lo tanto, auténtica. Pero las chicas a las que un ayudante de *sheriff* desflora en un corral, seguramente no piensan eso.

Tampoco Nora podía quitarse de la cabeza una idea parecida, mientras dejaban atrás millas y millas de las autopistas sureñas, mientras se alejaban de la cuenca del Mississippi, y, en cambio, se acercaban al motel donde no tendrían más remedio que pasar la noche.

Porque el viaje se desarrollaba con absoluta normalidad, y los dos hombres apenas intercambiaban alguna palabra, pero ella sabía muy bien que Clark cumpliría su amenaza. Y eso la situaba en una encrucijada, de la que no sabía cómo salir.

Por una parte, y aunque telefonease a la Limm Company, no le enviarían un sustituto, con la rapidez requerida. Y las consecuencias podían ser aún peores para ella, porque Clark se daría cuenta de que eso significaba el despido. Y, despedido por despedido, se daría al menos el gustazo de cumplir su amenaza. O sea que Nora acabaría molida a puñetazos y gimiendo en la cama, debajo de él. Que luego la Limm le diese el pasaporte, no le solucionaba nada a ella.

Durante unos fugaces minutos, mientras conducía, pensó también en pedir ayuda a John, pero su propio instinto la hizo desistir. En primer lugar, nada sabía del tal John, excepto que usaba un nombre falso y era un profesional de la muerte; lo cual significaba que quizá querría ayudarla, pero a cambio de ocupar en la cama el lugar de Clark. Y encima, Clark quedaría antes convenientemente muerto, lo cual no dejaba de significar un lío sobre otro lío. No, eso no podía ser.

Por lo tanto, la mujer estaba desesperada.

Notaba las miradas viciosas de Clark, sobre sus macizas piernas.

Y a cada hora que pasaba, sentía más miedo. Cuando una luna blanca y redonda se elevaba sobre el horizonte, sobre los campos de maíz inmensos y sobre las charcas color de plata, Nora supo, con angustia, que estaban a punto de llegar al fin.

Clark ni siquiera se molestó en disimular, esta vez. Él mismo eligió un motel en el que las habitaciones consistían en pequeños pabellones aislados, o sea que quedaban bastante separadas unas de otras.

De ese modo, si ella chillaba, lo más probable era que no la oyese nadie.

—Tres habitaciones —pidió.

Y él se quedó intencionadamente la que estaba al lado de la de Nora. En cambio, a John le dio una situada en el otro ángulo.

Nora ni siquiera se desvistió esta vez, al quedar sola.

Sentía que su corazón latía desacompañadamente.

Hasta su garganta llegaban oleadas de angustia, que le impedían respirar bien. Notaba el «tac, tac» de los pulsos, haciéndole daño en las sienes.

Se notaba acorralada, perdida.

Cierto que podía pedir ayuda a la dirección del motel, pero eso

lo estropearía todo. Y ella sabía por qué. Cualquier intervención de la policía, cualquier pista que indicara su paso, lo echaría todo a rodar.

Necesitaba confiar en la suerte.

Quizá Clark, después de todo, lo pensaría mejor.

No sólo se jugaba el empleo, sino que, además, las compañías como la Limm tenían muy mala baba. Quizá, al saber lo que había hecho, lo eliminarían del mundo de los vivos.

Durante largos minutos, Nora aguardó con ansiedad a que no pasara nada. Pero sus esperanzas se derrumbaron de golpe.

Una llave falsa giraba ya en la cerradura.

Clark entraba en las habitaciones, con la sorprendente facilidad de un ladrón profesional. Ni siquiera hizo el menor ruido.

Entró y la miró.

Una de las ventanas estaba con las cortinas sin correr. Precisamente, ella la había dejado así para que Clark no se atreviese, pensando que alguien podía verles. A través de los cristales, se divisaba la circunferencia enorme de la luna.

Se oyó una risita sardónica.

Clark se había dado cuenta del detalle de la ventana, pero pensó que ya correría la cortinilla más tarde.

Recorrió a la chica, con mirada curiosa.

—Veo que llevas las mismas medias de ayer —dijo.

—Sí.

—Me gustan.

—Oye, Clark...

—Ayer te las manché —dijo él sin querer oírla.

—Las lavé. Unas medias se lavan fácilmente.

—Perfecto. Quítate la falda.

—No quiero, Clark.

—¡Quítatela, zorra!

Ella negó con la cabeza.

La bofetada la derribó sobre la cama otra vez.

Clark se desabrochó, riendo, para que ella viese bien el enorme instrumento con el que iba a agredirla.

—Supongo que no has visto muchos como éste —gruñó—. ¿O tal vez sí...? Dime... ¿con cuál de tus tres agujeros quieres tomarme la medida?

Ella se estremeció de miedo y de asco.

Había esperado algo repugnante de aquel tipo, pero nunca creyó que las cosas se presentaran así, de una forma tan abyecta. Desesperada, intentó saltar de la cama al suelo.

En parte, lo consiguió.

Pero hasta más tarde no se dio cuenta de que acababa de lograrlo porque Clark se lo había consentido. Cuando estaba a cuatro patas sobre la alfombra, Clark saltó encima, lanzando un gruñido de placer. Nora se estremeció, mientras su boca se torcía en una desesperada mueca.

Las manos fueron hacia sus senos, tratando de desgarrarle la blusa.

La arañaba con brutalidad.

La voz sonó entonces metálicamente, junto a la puerta:

—¿No estarías más cómodo en la cama, Clark?

Clark saltó de pronto.

Sus ojos se desencajaron.

Lanzó un gruñido de odio.

Pero tenía la suerte de que aún no se había desprendido de su funda axilar, de modo que dirigió la mano hacia allí, con un movimiento centelleante. En ese momento no pensó en nada. Sólo que unas fracciones de segundo le bastarían para matar a aquel hombre.

Se había puesto en pie, de un salto, para disparar mejor.

Y entonces pasó en su cuello aquella cosa horrible.

No lo entendió.

John le había dado simplemente un revés con la cadena del reloj. Pero la sangre saltó con tan terrible fuerza que llegó, incluso, hasta la ventana.

Y entonces Nora, todavía en el suelo, vio aquella cosa que era como una alucinación.

Porque había manchas de sangre en la luna.

La luna quedaba retratada en el cristal, y por encima de éste resbalaban las gotas de sangre, pareciendo como si realmente manaran de la superficie del astro nocturno. Era como una cosa imposible, como una pesadilla.

Pero era real. Estaba allí.

La sangre de Clark había saltado hasta el otro lado de la

habitación.

Nora cayó sobre la cama, llorando.

Pero la voz de John sonó tan siniestra como indiferente y tranquila cuando dijo lentamente:

—No te preocupes. Este tío ya está listo.

Ella abrió mucho los ojos. No lo entendía. Seguía pareciéndole una pesadilla.

—¿Lo has matado con un solo golpe? —balbució.

—Más o menos.

—Pero ¿qué llevas en... en la muñeca? ¿Qué infiernos es eso?

—Un reloj.

Y se lo mostró. Era un reloj de cuarzo, con una cadena metálica en apariencia normal, pero ahora brotaban de ella dos terribles agujas. Bastaba golpear con el dorso de la mano para que aquellas dos agujas, parecidas a arpones, se clavasen en algún punto vital del enemigo.

Y ahora se habían clavado. Y tanto... Hasta el fondo de la garganta de Clark.

—Pero ¿qué clase de tipo eres? —balbució Nora—. ¿De qué clase de infierno has salido, John?

El falso John ni se inmutó. Una leve presión en la cadena bastó para que ésta se tragara las dos agujas.

—Simplemente, soy un profesional —dijo.

—¿Un profesional de qué clase de profesión?

Los ojos del hombre se ensombrecieron.

—Creo que te lo contesté una vez, Nora —dijo.

—¿Cuándo?

—Cuando te expliqué que soy un condenado a muerte.

Otra vez Nora se estremeció. Todo aquello le seguía pareciendo una pesadilla, pero, sin embargo, era la más espantosa realidad. Con un hilo de voz, murmuró:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿En qué sentido?

—¿Y lo preguntas? Has matado a un hombre, y además, en un motel, en un establecimiento público...

—¿Y qué pasa con los establecimientos públicos? ¿No son sitios estupendos para jeringar a un hombre?

—No sé si me inspiras asombro, miedo o asco, John. No lo sé...

—Supongamos que te pongo cachonda.

Ella abrió de repente, la boca. Estaba a punto de volverse loca, a punto de gritar. Todo aquello seguía siendo como una pesadilla.

—No te asustes, era una forma de hablar —dijo él.

—¿Qué vamos a... a... hacer ahora? —insistió—. ¿Qué haremos?

—Librarnos del cadáver, claro.

—¿Cómo?

—La cuenta está pagada, ¿verdad?

—Sí. Por anticipado.

—Estupendo. De ese modo nadie se inquietará si nos largamos a cualquier hora —dijo John—. Y los moteles tienen una ventaja: puedes cargar el «fiambre» directamente en tu coche, sin tener que exhibirlo en el ascensor ni en los pasillos, como pasaría en un hotel normal.

—¿Es que nos lo vamos a llevar?

—Pues claro... Espera.

Y salió de allí para volver con el coche. En dos minutos, había maniobrado para tenerlo pegado de popa a la puerta de la habitación. Desde allí, sólo había que abrir el maletero para meter el «paquete».

Y el verdugo lo hizo con una extraordinaria facilidad. Ni que se hubiera pasado la vida facturando muertos.

Luego gruñó:

—Limpia la sangre con papel de water, y luego lo echas por la taza. No dejemos detrás de nosotros ninguna huella.

Y cerró el maletero. Ella obedeció como un autómata. Momentos después, sobre el papel que había en la taza del water, se abatía una tromba de agua.

—Listos. Vámonos.

—¿Adónde?

John replicó, sin mirarla:

—A San Francisco, leches. Hay allí unos cementerios estupendos...

CAPÍTULO VII

MANCHAS EN EL PANTANO

Pero no iba a llevar el cadáver de Clark hasta San Francisco, ni el falso John había pensado jamás en hacer una cosa semejante. Decidió desembarazarse de él, apenas a cinco millas del motel.

Por fortuna para ellos, les protegía la noche y, además, estaban en un sitio estupendo. La región abundaba tanto en selvas y en pantanos, que materialmente la carretera comarcal que habían elegido los bordeaba a un lado y otro. Daba la sensación de que circulaban por un mundo extraño, desconocido, donde no había más habitantes que ellos dos.

John, que era el que conducía, dijo, de pronto:

—Aquí.

Giró a la izquierda, por un camino vecinal, y luego se salió de él. Las ruedas delanteras se hundieron inmediatamente en una superficie fangosa.

Él frenó.

—Abajo.

—Pero ¿qué vas a hacer?

—¡Abajo!

Nora no tenía más remedio que obedecer porque notaba que se estaban hundiendo en el pantano, con coche y todo. Tuvo el tiempo justo para sacar el maletín que llevaba en el asiento posterior, y ponerse a salvo. John ya estaba empujando, con todas sus fuerzas por la parte posterior del «Chevy».

—Ayúdame.

Desde un punto en que sus pies pisaban tierra firme, ella empujó también. Entre la oscuridad notaron que el pantano engullía, poco a poco, el coche con el cadáver dentro.

Pronto hasta el techo desapareció. El silencio eterno se hizo sobre Clark y sobre su tumba siniestra.

Luego John se frotó las manos.

—Listos —dijo.

—¿Listos? Pero ¿estás loco? ¡Es ahora precisamente cuando empezamos a no estar listos para nada! ¡Hace poco alquilé con mi nombre ese «Chevrolet», y tengo que dar una explicación! ¡Me has metido en un lío sin salida, idiota!

Él la miró fríamente.

—¿Tenía salida el lío en que te había metido Clark? —preguntó.

—No —susurró ella, mordiéndose el labio inferior—, no lo tenía.

—Por lo tanto, olvídate del «Chevy». Para un condenado a muerte, enviar a la mierda un coche alquilado tampoco tiene demasiada importancia.

—Tú estás condenado a muerte, pero yo, no, John. Para mí, sí que tiene importancia. Y además, necesito llegar a San Francisco cuanto antes, ¿entiendes? ¡Cuánto antes!

Él no se molestó en contestar. Seguido por la mujer, echó a andar por el camino vecinal, que estaba lleno de enormes piedras, a causa seguramente de que por allí pasaban los camiones procedentes de una cantera.

—Tampoco el «Chevy» nos hubiera servido para gran cosa, a partir de aquí —murmuró él—. Tengo la sensación de que alguna de esas piedras ha llegado a dañar el cárter.

—Eso no me importa ahora. La pregunta es: ¿cómo diablos vamos a seguir? ¿Qué quieres? ¿Ir a la estación del ferrocarril, y tomar el tren, delante de todo el mundo?

—Encontraré una salida —dijo John—. No es tan difícil.

—En todo caso, la encontrarás tú solo, John, o como te llames. Yo seguiré por mis propios medios.

Él no se molestó ni en mirarla. Tenía los ojos perdidos en el vacío, como si siempre estuviera observando un punto situado más allá.

—Mañana nos separaremos —dijo—, pero esta noche me considero obligado a acompañarte. Tampoco veo la razón para que sigamos juntos:

—En eso estamos de acuerdo, John. Maldita la falta que me hace estar al lado de un hombre como tú.

—Reconozco que llevo una vida muy poco edificante —dijo él —, pero no te preocupes. Dentro de una semana, me habrás olvidado.

—En eso confío. Y tengo la esperanza de que no volveremos a encontrarnos para nada en San Francisco, John.

—Estoy seguro de eso. Me quedará poco tiempo en San Francisco. Muy poco.

Y con voz que parecía un susurro, añadió:

—El tiempo justo para matar a un hombre.

Nora se había estremecido, pero ese estremecimiento no se notó en la oscuridad de la noche. Por un momento pensó si estar al lado de aquel tipo no sería incluso peor que estar al lado de Clark. De pronto, sus ojos fueron cegados por los faros de los coches.

Habían salido a pie del camino vecinal para llegar a la carretera comarcal nuevamente. Algunos automóviles pasaban, raudos, por allí, pero enseguida todo volvió a quedar sumido en la oscuridad nuevamente.

—¿Qué hacemos? ¿Auto-stop? —preguntó Nora, con sorna.

—Tengo una idea mejor. Tú quédate aquí. No conviene que mañana te puedan identificar, cuando lo expliquen a la policía.

—¿Quiénes?

John no contestó. Se estaba moviendo ya sigilosamente hacia la parte posterior de un coche, cuyas luces de situación brillaban a un lado de la carretera. Cuando asomó por la ventanilla, vio que la pareja estaba funcionando a todo tren, con los asientos abatidos hacia atrás.

La chica tenía una cara bastante aburrida.

Sin duda, cobraba por aquello.

Fue ella la primera en ver al intruso.

Gimió:

—¡Pat!

Pat volvió la cabeza cuando ya tenía el cañón de la pistola clavado en la mandíbula. Balbució:

—¡No tire! ¡La chica es de alquiler! ¡Se la dejo!

—No me interesa la chica, Pat —dijo cariñosamente el verdugo —. La puedes seguir aprovechando tú, aunque con el susto que te has pegado, no creo que se te levante nada en seis meses. Lo único que necesito es el coche, de modo que... ¡fuera!

—Oye, es que...

—¡Fuera!

Los dos salieron. La chica, que estaba enseñando todo el pelo, y no precisamente el de la cabeza, gritó:

—¡Eh, mi vestido!

John se lo arrojó por la ventanilla, mientras maniobraba a toda velocidad para recoger a Nora. Oyó entonces el grito del tío:

—¡Eh! ¡Mis pantalones!

Pero ya era demasiado tarde. Debería llegar sin ellos a la próxima ciudad. Nora y John avanzaban, embalados, hacia la autopista.

Nora susurró:

—Mañana tendremos a toda la policía del Estado, detrás nuestro, John.

—No te preocupes. Por un coche robado, tampoco se molestan mucho.

—Pero ¿te das cuenta de que cometemos un delito detrás de otro? ¡Así no llegaremos a San Francisco jamás!

John musitó, sin fijarse en ella, siempre mirando al vacío:

—Entonces, mejor para el hombre al que tengo que matar. No sabe la leche que está teniendo el tío.

Había una cosa evidente, y era que no podían seguir en un coche robado ahora que rodaban por las llanuras de Texas. Pasar con un vehículo en esas condiciones de un Estado a otro es delito federal, de modo que la policía les perseguiría con saña, en contra de lo que había dicho John. Puesto que el coche robado estaría controlado en muy pocas horas, necesitaban urgentemente cambiarlo por otro.

Encontraron su oportunidad en la ciudad de Williamson, a las diez de la mañana del día siguiente. Se celebraba una feria de ganado, y había coches estacionados por todas partes. No necesitaron más que meterse en un enorme parking al aire libre, que parecía la Fiesta del Motor, dejar el coche robado, que era un «Ford Granada», y meterse en un «Ford Federal», que es el que en Europa recibe el nombre de «Ford Fiesta».

Salieron disparados de allí, cinco minutos más tarde. Las cosas, de momento marchaban bien. Rodaban a buena velocidad hacia el Oeste y, por el momento, no les seguía la «bofia» ni nadie soñaba en echarles el guante.

Vieron entonces un motel al borde del camino, con gasolinera y restaurante. John se desvió hacia la derecha.

—Necesitamos llenar el tanque de gasolina, comer un poco y ducharnos —dijo—. Creo que nos podríamos quedar ahí.

—¿De día?

—Es más difícil que descubran el coche ahí que en un control de carreteras. Además, es posible que podamos hacernos con otro vehículo, si hay un poco de suerte. Vamos.

Pusieron gasolina en primer lugar, lo cual no significaba ningún problema porque el surtidor era de cobro automático. Nadie les vio. Luego dejaron el «Ford» en el lugar más discreto del parking del motel, y se dirigieron al restaurante. De una forma instintiva, John eligió una mesa que estaba casi completamente tapada por una columna. Acababan de servirles un menú sencillo, cuando entraron tres hombres.

Dos de ellos llevaban uniforme de la Policía del Estado, con los enormes revólveres del 45 casi fuera de las fundas. El otro tenía una pinta de esbirro de la «bofia» que tumbaba de espaldas. No engañaba a nadie. Ni lo pretendía.

Se habían servido tazas de café en la máquina automática, y las depositaron sobre la mesa. Como a aquella hora el restaurante estaba siempre vacío, pensaron que no había nadie. El de paisano murmuró:

—Bueno, sargento, tendrá que movilizar a todos sus hombres y batir las carreteras hasta que no quede ni un neumático por comprobar. Los datos que estamos obteniendo, por el circuito de radio de la policía, coinciden uno por uno.

—¿Qué datos? A ver, explíquese, teniente.

—En primer lugar, ya hubo unos muertos cerca de Baton Rouge. De una forma o de otra, parece que esos muertos estaban relacionados con una pareja que había alquilado un «Porsche» amarillo hasta allí, y luego se llevó un «Chevrolet».

—¿Quiénes eran los muertos?

—Basura. Asesinos profesionales, hijos de la gran puta. Pero los federales están metiendo la nariz en esto, y sinceramente creo que van a intervenir. Hemos de darnos prisa para que no nos pisen el terreno, esos presumidos de mierda.

—Pero hay muchos ajustes de cuentas —dijo uno de los policías

—. ¿Por qué los federales meten la nariz precisamente en este asunto, teniente?

—Porque los muertos eran profesionales del crimen, pero últimamente se sospecha que habían trabajado para agencias internacionales de espionaje. Por eso han deducido, los federales, que detrás puede haber algo más gordo.

Bebió un sorbo de café. Luego añadió:

—Pero os decía que los datos van coincidiendo. Luego el «Chevrolet» ha aparecido hundido en el fondo de un pantano.

John, que lo estaba oyendo todo, desde detrás de la columna, palideció. No lo entendía. Pero enseguida tuvo una explicación, que le hizo morderse los labios con un gesto de rabia.

—Por lo visto, fueron hacia el pantano por un camino vecinal, en muy malas condiciones —siguió diciendo el teniente—, y una piedra les jeringó el cárter. Perdieron unas gotas de aceite, antes de llegar a las arenas movedizas, pero una vez hundido en el pantano, el cárter acabó de vaciar todo su contenido. Unas manchas de aceite han aparecido en la superficie y por eso el patrullero ha adivinado que el coche estaba allí. Una grúa lo ha rescatado hace poco.

—¿Y...?

—Dentro, estaba el cadáver de un tal Clark. En apariencia, tenía un empleo honrado, pero todos sospechamos que era un matón. Y parece que un matón peor que él lo quitó de en medio. Pudo ser a causa de la mujer que viajaba en el «Chevy» con ellos, pero los del FBI, con los que he hablado por radio, me han dicho que detrás podría haber algo muchísimo peor.

—¿Por qué?

El teniente susurró:

—Las heridas de ese tipo.

—¿Qué clase de heridas presentaba? ¿Es qué le dieron con un bazooka?

—Más inquietante aún. Los del FBI dicen que el arma empleada fue un arma muy especial. Dos ganchos en forma de arpón, que matan si te dan en un punto vital, y el tío que los manejaba sabía dar en un punto vital siempre. Los ganchos iban acoplados a la cadena metálica de un reloj.

—¿Cómo se sabe eso?

—El golpe fue tan fuerte que la cadena del reloj dejó su marca,

al fracturarle a Clark la mandíbula.

—Bueno, ¿y qué?

—Eso es lo que llamó la atención a los del FBI, según parece. Una cosa no se les puede negar, y es que tienen los archivos mejores del mundo, y además, lo comprueban todo. Da la casualidad también de que el federal al que le ha caído este asunto había trabajado para el Servicio Secreto, y conocía, en parte, al tipo que se había fabricado él mismo un arma así. Y no la usaba nadie más que él.

—Entonces, fantástico. Ya tenemos al pájaro —dijo uno de los patrulleros.

—No.

—¿Cómo que no?

—El hombre que usaba esa arma ha muerto.

—Le... leches. Eso complica más las cosas. Los muertos, que hasta ahora se sepa, no matan. ¿No cabe la posibilidad de que ese pájaro esté vivo?

—Es lo que el FBI piensa. Tiene que estarlo. Y lo han identificado como Bruce Canyon, miembro del súper secreto Servicio de Protección Interior, que también recibe el nombre de Servicio de Protección Especial. Se han hecho una serie de preguntas a la Casa Blanca, que es donde podrían dar información sobre ese tipo, y la Casa Blanca, cosa sorprendente, se ha encerrado en un absoluto mutismo, y ha ordenado que cesen las investigaciones. Por descontado que el FBI no ha obedecido.

—¿Por qué no?

—Porque el FBI no recibe órdenes de la Casa Blanca, sino del Departamento de Justicia. Bueno... Me explicaré mejor: han dejado de buscar a Bruce Canyon porque la Casa Blanca ha dicho que no lo busquen, pero el FBI tiene la obligación de hallar al que está cometiendo una cadena de asesinatos, de un Estado a otro, o sea que incurre en delito federal. Cumpliendo con su deber, y al mismo tiempo obedeciendo en parte a la Casa Blanca. El FBI busca a «un desconocido», pero nadie les puede impedir pensar que ese desconocido es Bruce Canyon. Y han pedido nuestra ayuda para las tareas rutinarias de inspección.

El teniente se puso en pie, y añadió:

—Hay que darles una lección. Cuando los del FBI se presenten

aquí, el caso tiene que estar resuelto.

—¿Por dónde empezamos a investigar, teniente?

—Hay más datos. Un tipo que responde a la descripción del tal Bruce Canyon asaltó anoche a una pareja que estaba haciendo el amor junto a la carretera, y se llevó su vehículo, un «Ford Granada». Esta mañana el «Ford Granada» ha sido abandonado junto a una feria de ganado en Williamson, y, en cambio, ha desaparecido un «Ford Federal» color gris plata. Eso significa que los reclamados, un hombre y una mujer jóvenes, pueden estar en esta zona y en un vehículo de esa clase. El FBI está preparando un retrato-robot para facilitar las cosas, y, dentro de unas horas, empezarán a repartirlo por todas partes. Pero yo estoy resuelto a que nos adelantemos a ellos, de modo que... ¡andando!

Y fue a dirigirse a la puerta, pero antes se detuvo, mientras gruñía:

—Hay otra cosa. Ese tipo que trabajó en los servicios especiales de seguridad me la ha dado como cierta, siempre y cuando el hombre al que buscamos sea ese inexplicable Bruce Canyon.

—¿De qué se trata?

—Absurdo. Pero hay una cosa en el mundo que le da miedo: las tormentas.

—¿Qué?

—Los truenos, los rayos y todo eso, leches.

—¿Y qué hay que hacer, teniente? ¿Cuándo venga una tormenta, detenemos a todos los tíos que tengan cara de ir a mearse encima?

El oficial no contestó.

Salió de allí, sin fijarse en que había un hombre y una mujer detrás de la columna.

La policía casi nunca atrapa a los fugitivos a los que tiene demasiado cerca. Dicen algunos que el mejor escondite suele ser la propia cama del comisario.

Contando con la colaboración de su mujer, claro.

Pero eso suele originar líos de otra clase.

CAPÍTULO VIII

MANCHAS DE LUZ EN EL CIELO

Nora sentía que le fallaba la respiración.

Pálida como una muerta, balbuceó:

—¿Has oído?

—Claro que sí...

Los dos patrulleros acababan de marcharse también. Estaban solos en el restaurante, pero sabían que eso duraría poco tiempo. En realidad, se habían puesto a vivir sobre un volcán.

La mujer entrelazó los dedos angustiosamente.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —balbuceó.

—John.

—No te creo.

—De poco va a servirte creerme o no, Nora. En realidad, lo único que ahora debemos intentar es salir de este lío.

—Yo no tengo ningún lío. Tú me dejas aquí, y en paz. Que te atrapen, si quieren.

—Puedes hacer algo mejor. Presentarte directamente a la policía.

Ella se mordió el labio inferior.

—No puedo —dijo.

—¿Por qué, Nora?

—Es asunto mío. Tengo que llegar a San Francisco sin que nadie me controle. Eso es todo.

—De acuerdo; entonces seguimos en la misma nave.

—Hasta cierto punto. Seguiré sola.

Se levantó y fue hacia el vestíbulo de recepción del motel. John (si es que alguna vez se había llamado John) la siguió a cierta distancia. Se dio entonces cuenta de que Nora iniciaba un gesto de

retroceso.

Un coche patrulla se había detenido a la entrada misma del establecimiento y dos agentes pedían la documentación a todos los que pasaban por allí. La caza del hombre había empezado. Podían estar seguros de que no llegarían a andar en libertad diez pasos si salían del edificio del motel.

Mortalmente pálida, ella se volvió.

—John...

—¿Qué vas a hacer? ¿Seguir?

—Claro que sí... Iré a San Francisco sola, sin necesidad de tu maldita compañía. Pero lo que en este momento necesito es que no me detengan, porque mi detención crearía un problema insoluble.

—Entonces, hazme caso al menos durante diez minutos. No tenemos más que una opción, nena.

Y le metió mano en el centro de las nalgas.

Pero bien metida.

De forma que lo viese el empleado del motel.

Nora se tensó, pero permaneció quieta, respirando con ansiedad por entre sus dientes.

—Muchacho —dijo John al empleado—, a esta mujer me la voy a chingar bien chingada.

Era una forma pútrida de hablar, pero no le quedaba más remedio que dar la imagen que en aquel momento era necesaria. El empleado le miró, pálido de envidia, y estuvo a punto de no admitirle. Pero el negocio del motel es precisamente ése, el de las chingadas bien hechas. Sabiendo que venían del restaurante del motel, tampoco imaginó que tuvieran nada que ver con los controles de la policía en el exterior.

En venganza, les endiñó la habitación más cara.

—Sólo tengo una libre. La tres —mintió.

—Perfecto, muchacho, perfecto... ¿Tiene espejos?

—¿Por qué?

—Me gusta ver a mi secretaria mientras «trabaja»...

—Desde luego, señor. Tiene espejos.

—Okay, dame la llave. ¿No te das cuenta de que ella ya tiene las bragas húmedas?

Dejó unos billetes sobre el mostrador y se largaron los dos. Nora estaba lívida de rabia, sobre todo porque seguía notando la mano

allí donde la separación de las nalgas se hace bien profunda. Apenas estuvieron solos en el lujoso dormitorio, se revolvió y le atizó a John una bofetada que se debió de oír en todo el motel.

El empleado oyó el impacto, desde luego, pero pensó lo contrario; pensó que él le había atizado un golpe a ella, en la parte más carnosa del cuerpo, para entrar en ambiente. Musitó:

—¡Ondia!

Pero la situación era bien distinta dentro de la habitación. Nora acababa de decir al hombre, con voz silbante:

—¡Apártate, maldito hijo de zorra!

—Como tú quieras, mamá.

El bofetón se oyó otra vez en todo el motel.

Y el empleado volvió a pensar:

—¡Ondia!

Nora balbuceó:

—Vamos a hablar claro, John.

—Eso es lo que tienen que hacer dos personas que llevan puesta en el cuello la misma soga.

—Hay, ante todo, una cosa que debes saber.

—¿Qué?

—Yo soy una mujer casada.

—Vaya...

John había palidecido levemente, aunque trató de disimularlo.

—Voy a San Francisco a reunirme con mi marido.

—Lo siento, Nora.

—¿Lo sientes? ¿Y a ti qué te importa?

—Pensaba que eras una mujer libre... Pero tienes razón, no me importa.

—En segundo lugar, a mí no me toca el culo ningún desconocido.

—¿Desconocido? Yo ya me he presentado. Me llamo John.

—¿Qué te pasa? ¿Quieres que te atice otra?

—No, no... Si seguimos por ese camino, voy a tener que ir al dentista.

—Hay una razón más —dijo Nora—. Hace tiempo que tuve una operación no demasiado importante, pero la tuve. Me la hizo un especialista de Nueva Orleans, y mi marido no pudo estar presente porque le atosigaban los asuntos en San Francisco. Las cicatrices

aún son un poco dolorosas y me impiden hacer el amor.

—¿Cicatrices?

Ella se las mostró, subiéndose la falda hasta arriba. La visión era tan fascinante como para perder el aliento. Las piernas, el vientre apretado y joven, la línea de las caderas eran de lo más perfecto que John, puerco de John, había contemplado jamás.

—No te preocupes —dijo con voz opaca—, solamente quería guardar las apariencias. Para este empleado del motel, soy solamente un tío asqueroso que hace guarradas con su secretaria. Pero si la policía le hace preguntas, es difícil que nos relacione con una pareja que está acosada por todas partes. Al contrario, pensará que nosotros somos de los que viven la vida.

—Lo comprendo muy bien, John —dijo ella con alivio—. Pero no hacemos más que aplazar la situación. Quedan dos peligros, que no sé cómo vamos a evitar, y el primero de ellos es el retrato-robot.

—A ti apenas te ha visto nadie. A Clark y a mí sí que nos han visto, pero puede que la gente se arme un lío con los dos y el retrato-robot aparezca como un rompecabezas. Además, tardará en circular por ahí.

—De acuerdo, pero el coche lo tenemos en el motel. Y es inconfundible.

—Precisamente eso es lo que nos hará ganar tiempo, Nora.

Ella enarcó una ceja.

—No te entiendo. Ganar tiempo, ¿por qué?

—Es inevitable que, dentro de dos horas, como máximo, se pongan a revisar todos los coches aparcados en veinte millas a la redonda de este motel. Por supuesto, se darán cuenta de la presencia del «Ford Federal», y creerán que estamos aquí. Organizarán una batida por todo lo alto, pero para entonces nosotros ya estaremos lejos. Vamos a darnos una ducha tibia, a cambiarnos de ropa y a salir por la ventana. Podemos alejarnos a campo traviesa hasta conseguir un nuevo automóvil.

Nora le contempló con admiración.

De pronto, hubo en sus ojos una expresión distinta.

Aquel hombre no sólo le había salvado de las garras de Clark, sino que estaba siguiendo un plan sereno y bien calculado para que nadie les atrapase. Ciertamente que aún le quemaba la presión de su mano en la retaguardia, pero pensó que sería mejor olvidarlo.

—De acuerdo, John —dijo—. Yo ayudaré un poco.

Y se desnudó.

No tuvo inconveniente en mostrárselo todo.

Era una diosa. Estaba como para caerse muerto. Había para...

Pero John lo entendió. Fue al cuarto de baño e hizo correr el agua de la ducha para que se oyese desde el dormitorio. Ella pulsó el timbre para que acudiese la camarera.

Una negrita vino al cabo de un momento.

Y vio a Nora desnuda. Pensó lo que pensó, pero la negrita estuvo callada.

Nora preguntó con voz, pastosa:

—¿Tenéis champaña de California, hermana?

—Sí, señora.

Entonces ella alzó la voz para que John pudiera oírla desde el cuarto de baño:

—Eh, tú... ¿No habías dicho que querías que me derramara champaña sobre los pechos?

—¡Pues claro, muñeca! ¡Estará riquísimo! ¡Te los voy a comer y beber!

—¿Lo encargo?

—¡Ya tenía que estar aquí!

Nora hizo una seña a la negrita. La negrita salió.

Cinco minutos después, mientras John terminaba de ducharse, el champaña estaba allí, en la cubeta de hielo. Nora lo pagó y casi inmediatamente se duchó ella. Luego se cambiaron velozmente de ropa, sin molestarse en destapar la botella.

—Ha sido una magnífica intuición la tuya, Nora —dijo John.

—Una siempre aprende a tu lado, hermano.

—Así también la camarera creará que nos estamos corriendo una orgía particular. Dos fugitivos no hacen lo que nosotros estamos haciendo. La policía no vendrá aquí, de momento.

—Por lo tanto, ¿nos largamos, John?

—Vamos allá.

Salieron por la ventana, que estaba en la planta baja. Desde allí, pegados a la fachada posterior del edificio, se fueron alejando poco a poco del motel. Unos árboles les protegieron, porque la policía seguía estando cerca.

Eligieron un bosque casi contiguo a una marisma. Por allí

avanzaron dos millas sin ningún problema.

La cercana carretera les enviaba los mil rumores del intenso tráfico de coches, una buena parte de los cuales debían de ser coches de la policía, pero a ellos nadie podía verlos. Anduvieron así casi una hora, siguiendo la dirección del sol, pues esa dirección les marcaba la ruta del oeste. Nora andaba un poco dificultosamente a causa de que llevaba ropas de ciudad, pero en ningún momento se retrasó. Llegaron así hasta las cercanías de una granja, donde estaba estacionado un jeep. *Los que debían de ser sus dueños, un hombre y una mujer, vivían maravillosamente la vida libre al estilo tejano, y estaban montando unos caballos semisalvajes, a gran distancia.*

Los fugitivos cambiaron una mirada de inteligencia.

Lo primero que hizo John fue subirse, con la agilidad de un mono, al poste que sostenía el único hilo telefónico que enlazaba la granja con la red general. De ese modo, sus habitantes no podrían llamar a la policía cuando vieran desaparecer el jeep. *Luego, se arrastraron hacia el vehículo, subieron a él y lo pusieron en marcha.*

Vieron que los jinetes cambiaban de dirección y trataban de perseguirles a través de la inmensa llanura tejana. Pero poco después, debieron dejarlo por inútil, tras reventar los caballos.

John, guarro de John, suspiró.

—¿Vive tu madre, Nora?

—Sí.

—Pues lo siento. Se deben estar acordando de ella.

—También de la tuya, John.

—Desde luego, pero tengo una ventaja.

—¿Cuál?

—Yo no la conocí.

Ella hizo un mohín que no se sabía si era de confusión o de tristeza. Pero así como antes no sabía qué pensar de aquel hombre, ahora, al menos, iba centrando un poco las cosas. Mientras, gracias al jeep *seguían caminos vecinales que difícilmente la bofia patrullaría, la mujer preguntó:*

—¿Qué clase de tipo eres, John?

—Pues ya lo ves: un tipo normal.

—No hagamos bromas y hablemos con sinceridad de una vez: eres un tipo extraño porque no tienes profesión, no tienes familia...

—¿Profesión? Tengo una.

—¿Cuál?

—La de hijo de puta.

Ella hizo una mueca, mientras intentaba sonreír.

—La verdad es que muchas cosas nos han unido últimamente, John, y yo misma no hubiera creído, hace poco, que llegase a viajar con esta confianza. Pero más vale que seas sincero conmigo, de una vez: ¿a qué te dedicas?

—Digamos que a matar hombres.

—Ésa no es una profesión.

—Claro que lo es... ¡Y tanto que lo es! La tienen los médicos, los verdugos, los generales de tres estrellas...

—Hablemos en serio, John.

—Te juro que lo estoy haciendo. Mi profesión es, aproximadamente, ésa.

—Entonces dime, al menos, por cuenta de quién trabajas.

Él vaciló un momento, mientras tomaba una curva, pero al fin susurró:

—Imaginemos que es por cuenta del Gobierno.

—¿Del Gobierno de Estados Unidos?

—Sí, pero estamos hablando en términos imaginarios. Te he dicho antes que era una suposición.

—Ni aún así lo creo, John.

—¿Por qué no?

—Un hombre que trabaja por cuenta del Gobierno, no es un fugitivo.

—Para el Gobierno trabaja más gente extraña de la que tú puedas imaginar, Nora. El Gobierno mismo es un conjunto de personas que, a veces, tienen que llevar una conducta extraña.

Pese al tono voluble con que hablaba, lo cual podía dar la impresión de que estaba gastando una broma, había en su rostro una densa, casi siniestra gravedad. Había en su cara algo doloroso, y eso fue precisamente lo que impresionó a Nora.

—¿Es cierto que vas a matar a alguien en San Francisco? —susurró.

—Sí.

—¿Por qué?

Él desvió la mirada tenazmente, fijándola en un lado de la carretera.

—Yo no te hago preguntas importantes a ti, Nora. No me las hagas tú a mí.

—¿Y por qué no? Puedes hacérmelas.

John, perco John, trató de sonreír otra vez, pero seguía flotando en su rostro una mueca amarga.

—¿Y qué se le puede preguntar a una mujer como tú? Cosas sin importancia... Tonterías. Por ejemplo, se te puede preguntar si eres feliz con tu marido...

En contra de lo que pensaba, el rostro de la muchacha se ensombreció.

—John —musitó—, aunque tú no lo creas, ésa es una pregunta importante.

—¿Por qué?

—Ser o no ser feliz con el marido es importante en la vida de una mujer.

—De acuerdo, de acuerdo... Resulta que he dado en el punto débil de la señora, sin pretenderlo. Dime, ¿eres feliz con tu marido o no? ¿Te hace cosas en la cama?

—No seas guarro, John. No te quieras mostrar peor de lo que eres. Tú sabes que la cama no es esencial.

—¿Ah, no?

—Están el cariño, la comprensión, la compañía...

—Entendido. Y tú no acabas de tener cariño, ni comprensión ni compañía.

—No del todo.

—Demasiado ocupado el pájaro con los negocios, ¿no?

—Eso es.

—¿Pero, al menos, se gana bien la vida?

—En eso no puedo tener queja. Sin embargo, me domina a veces la sensación de que él maneja más dinero del que me explica.

—¿Y eso qué significa? ¿Queridas, juegas?

—Yo diría que no. Significa dinero; sencillamente: a él el dinero le gusta.

John lanzó una carcajada.

—Perfecto. A mí, en cambio, me gustan las tías —dijo.

Pero su carcajada sonaba a falsa.

En aquel momento vieron que terminaba el camino secundario para desembocar a una carretera de segundo orden, pero bastante

amplia. A partir de ese momento era muy fácil encontrarse con patrulleros de la policía, de modo que tenía que optar por una de estas dos soluciones: o poner tierra de por medio, y seguir en el jeep, con el riesgo que eso suponía, o buscar un sitio donde ocultarse de momento y apoderarse de otro coche. Se notó la duda por la tensión que parecía acumularse, minuto a minuto, en la cara de John.

De momento, siguieron.

La muchacha guardaba un silencio espeso, cargado de presagios. Y entonces fue cuando, a través del parabrisas, vieron los primeros relámpagos, las manchas de luz en el cielo.

Nora susurró:

—Se prepara tormenta...

CAPÍTULO IX

MANCHAS DE FUEGO EN LA TIERRA

John, marica de John, había apretado los labios, pero seguía con la expresión tensa. Mientras miraba hacia la izquierda, dijo:

—No me gusta conducir con lluvia.

—¿Buscaremos, entonces, un sitio donde pasar la noche?

—Sí.

—¿Cuál?

John señaló hacia la izquierda, donde había estado mirando tenazmente.

Se distinguía allí un gran cobertizo, que parecía abandonado, pero que estaba rodeado de máquinas como de compresores, un tractor remolque, una grúa elevadora y una pala excavadora de tierras. Junto a todo aquello se empezaba a insinuar los cimientos de hormigón de un edificio.

—Obras públicas —dijo él—. Esto tiene todo el aspecto de una nueva universidad o de un centro de estudios agrícolas. No volverán a trabajar hasta mañana, de modo que podremos pasar la noche ahí. Incluso si, por casualidad, algún policía descubría el *jeep*, *creería que es de algún ingeniero que lo ha dejado estacionado junto a la obra*.

—Me parece una buena idea, John.

Él condujo por el camino serpenteante que llevaba hasta la obra. Tenían que cruzar para esto una carretera asfaltada, que tenía a un lado una masa de árboles.

—Y fue de aquella masa de árboles de donde surgió el coche, un «Zephyr» negro. No era un patrullero, pues no llevaba ningún distintivo. Tampoco parecía como si sus habitantes tuvieran demasiada prisa. Más bien daba la impresión de un par de parejas que habían estado divirtiéndose en el bosque y ahora se largaban.

Porque los que iban dentro del «Zephyr» eran cuatro.

John los miró con el rabillo del ojo. No movió un músculo, quizá porque estaba perfectamente tranquilo. Pero pudo ver que el «Zephyr» ganaba velocidad al acercarse por un flanco.

Estaba apenas a cien yardas.

Cincuenta...

John tenía clavados los ojos allí, como si fueran pantallas de radar.

Y de pronto, aulló:

—¡Infiernos! ¡A tierra!

Hacía falta una vista de halcón para distinguir aquello a la perfección, pero él la tenía. Vio la boca del bazooka que asomaba apenas por una ventanilla posterior.

Los dos se lanzaron en marcha.

El movimiento resultó instantáneo.

Y fue eso lo que les salvó la vida. Si llegan a permanecer indecisos cinco segundos tan solo, quedan convertidos en polvo. Porque fue eso exactamente lo que le ocurrió al *jeep*.

El proyectil antitanque le alcanzó de lleno. Todo el vehículo se convirtió en una masa de fuego. Las pavesas llameantes saltaron por todas partes, mientras ellos dos rodaban por la ladera.

John gritó:

—¡A la derecha, Nora! ¡Cuidado!

Él mismo la protegió con su cuerpo porque supo lo que iba a suceder. De pronto, el coche de sus enemigos había dado un bandazo para cazarles de flanco.

Dos metralletas surgieron por las ventanillas. La tierra, en el lugar donde estuvo el *jeep*, *se había convertido en una mancha negra, causada por el fuego. Pero John sabía que eso era el principio solamente.*

En efecto, dos líneas de balas se cruzaron en el espacio, un segundo después. Encima, eran balas trazadoras, para que aquellos cabrones supiesen bien adónde iban.

John saltó sobre la muchacha. Así la sacó de la línea de fuego cuando las balas ya iban hacia ella. Rodaron de nuevo por tierra, medio protegidos por el tractor remolque.

Pero sus perseguidores estaban decididos a revolver obstáculos, como fuese. Otra vez la boca del bazooka asomó por la ventanilla.

La detonación resultó ensordecedora.

Pero nadie debía oírla, en aquel lugar solitario de la llamada Texas.

Y el tractor remolque también saltó en pedazos, mientras se convertía en una masa de fuego. Los del coche concentraron su atención allí, tratando de comprobar si el impacto había alcanzado a los fugitivos.

Eso permitió a John tener la iniciativa, durante unos segundos. El «Magnum» saltó de su funda auxiliar, mientras lo sujetaba con las dos manos.

¡BANG!

Un orificio redondo se marcó instantáneamente en el parabrisas del coche, pero no hubo suerte porque el «Zephyr» había hecho un brusco viraje. Fue el compañero del conductor el que se la cargó. Lanzó un alarido, mientras un orificio redondo se marcaba en su frente.

John gritó:

—¡A la casa!

Trataba de que Nora llegase allí, donde, al menos, estaría protegida. Pero ella estaba tan aturdida que no le oyó.

John dio un salto de tigre con todas sus fuerzas, intentando protegerse tras la furgoneta. Pero el coche ya estaba allí.

Con un rugido del motor y un espantoso chirrido de neumáticos, la embistió de costado y la envió por los aires.

John quedó al descubierto.

Pero el «Zephyr» tenía que seguir girando, porque, de lo contrario, hubiese dado una vuelta de campana. John saltó de nuevo.

Un instante después había desaparecido otra vez. Los cuatro hombres del coche terminaron el giro y lo perdieron de vista. Sobre todo le perdió de vista el que ya estaba muerto y que se bamboleaba trágicamente de un lado a otro. Fueron a embestir hacia el vacío.

¿El vacío?

Pero ¿dónde demonios se había metido aquel perro rabioso?

De pronto, el del bazooka gritó:

—¡Cuidado! ¡Allí!

Vieron una enorme masa metálica avanzando hacia ellos. La

pala de la excavadora se había puesto en movimiento.

—¡Gira, maricón, gira!

El grito había partido de uno de los que iban detrás. El conductor intentó dar un golpe al volante. Las ruedas patinaron mientras la enorme pala seguía avanzando.

—¡Noooooo!

La cuchara metálica alcanzó por debajo al «Zephyr» y lo levantó. Las ruedas giraron en el vacío, mientras se oían una serie de maldiciones y gritos.

La pala giró de nuevo.

Y entonces se dieron cuenta de adónde iban.

¡A los restos incendiados del *jeep*!

El aullido sonó estentóreo entre el crepitar de las llamas:

—¡Malditooooo...!

Bruscamente, el coche se desprendió. Cayó entre las llamas, sin que sus ocupantes vivos hubieran podido abandonarlo. El depósito de gasolina estalló y el «Zephyr» se convirtió también en una bola de fuego.

John, hijo de perra, metió inmediatamente la marcha atrás porque necesitaba alejarse del infierno. De lo contrario, la excavadora también se incendiaría. Mientras veía los cuerpos de sus enemigos retorcerse entre las llamas, saltó de allí.

Nora estaba en el suelo.

Apenas podía respirar. Le abrasaba la garganta.

John dijo con voz opaca:

—Levántate.

—¿Pe... pero qué ocurre?

—Lo más sencillo del mundo: iban a liquidarme.

—¿Quiénes?

—Lo siento, pero no podré averiguarlo. Tengo la sensación de que sus documentos van a chamuscarse.

Y señaló hacia el coche, cuyos ocupantes ya no se movían. Suerte para ellos. Nora se tapó la cara porque era incapaz de mirar.

—¿Por qué habían de hacerlo? —musitó.

—Verás... Ellos y yo éramos de equipos contrarios de rugby.

—Dios mío...

—No te preocupes. Eso tiene de bueno una cosa, Nora.

—¿Cuál?

—La policía no podrá seguir las huellas del *jeep*. *No quedarán ni los restos.*

Si pensaba que eso tranquilizaría a Nora, se equivocó. Ella estaba aterrada. Mientras miraba en torno suyo, balbuceó:

—Te estaban esperando...

—Claro que sí, y me temo que no sean ellos solos. Diez contra uno a que tienen otros coches apostados en puntos estratégicos, donde suponen que puedo esconderme. Ellos van bastante mejor orientados que la policía.

—Pero ¿quiénes son? ¡Tú lo sabes, John! ¡Tú lo sabes!

—Eso poco importa, muchacha.

Ella apretó los puños.

—¿Qué vamos a hacer ahora? La policía habrá oído esos ruidos y vendrá.

—No creo que nadie haya oído nada. Es una zona muy extensa y está completamente desierta a estas horas. Además...

Los truenos se extendían por la lejanía. Llenaban el espacio. Hasta entonces, ninguno de los dos se había dado cuenta.

—Pueden confundirse con los ruidos de la tempestad —dijo él, con voz opaca.

Y miró en torno.

De pronto, cerró los ojos bruscamente.

El rayo había cruzado el cielo, dejando tras él una larga estela blanca. Hubo en el rostro del hombre una crispación.

—Vamos adentro —dijo.

—¿Adentro de dónde?

—Hay un barracón aquí cerca, Nos servirá.

Y fue a arrastrarla. De pronto, parecía nervioso, impaciente. Nora no recordaba haberle visto nunca aquellas facciones tan tensas.

—Pero ¿qué te pasa, John?

—Nada. Va a haber tormenta.

—La hay ya, pero...

—¡Claro que la hay! ¡Por eso vamos a meternos dentro de una condenada vez! ¡Vamos! ¡Vamooooos!

La empujó casi con brutalidad. Otro rayo cruzó el espacio y el trueno lo llenó todo. Nora se dio cuenta de que las manos del hombre, cerradas en torno a sus brazos, se convulsionaban y le

hacían daño.

—Pero, John... ¿qué te pasa?

Alzó la cabeza. Le miró a los ojos.

Y de pronto, lo comprendió.

Aquel hombre estaba nervioso, asustado. Aquel hombre, que no parecía tener miedo a nada, ni del propio infierno... ¡tenía miedo de la tormenta!

Su voz se hizo opaca cuando balbuceó:

—John...

Nora añadió, sin mirarle:

—¿Quién eres realmente, John? ¿Quién?...

No hubo respuesta.

Los ojos estaban vacíos y no miraba a ninguna parte. Las manos seguían crispadas sobre ella.

John musitó entonces:

—No hagas preguntas, Nora; sabes que no te contestaré.

Estaban ya dentro del barracón donde se guardaban las herramientas menores, los cascos y alguna ropa de trabajo. Ahora los rayos caían tan cerca que daba la sensación de que de un momento a otro iban a desplomarse sobre la excavadora, atraídos por la masa de metal de ésta. Los dientes de John chirriaron un instante, mientras se apoyaba en una de las paredes y desviaba la mirada.

Nora cerró bien la puerta por la que acababan de entrar, así como la ventana contigua. Una suave penumbra les envolvió, igual que si la tormenta ya estuviese lejos. Se oía el estampido de los truenos, pero al menos ya no se divisaban, desde allí, el fulgor de los relámpagos.

John dijo con voz opaca:

—Gracias.

Nora se acurrucó junto a él. Parecía, de pronto, una gata mansa que busca la protección de alguien, aunque eso no era verdad. Curiosamente, era John el que en ese momento la necesitaba.

—Tú mismo has dicho antes que estamos en el mismo barco —susurró Nora—. Yo necesito confiar en ti, y tú necesitas confiar en mí. Nos ha unido el azar, pero me temo que no nos va a separar el azar; nos va a separar la muerte. Por lo tanto, sería absurdo que mantuviéramos una mentira entre los dos.

—Tal vez —dijo él.

Seguía sin mirarla.

Pero palpitaba en sus ojos una chispita humana, cosa que quizá no había sucedido nunca.

—Una mentira esencial sería no conocernos por nuestros propios nombres —musitó ella—. Desde el primer momento, he sospechado que no te llamas John, y ahora me doy cuenta de que sospeché bien. ¿Cómo te llamas realmente? ¿Quién eres?

Él seguía sin mirarla.

—Es cierto que estamos metidos en el mismo barco —dijo—. Contigo no vale la pena mentir.

—Entonces, ¿quién eres?

—Me llamo Bruce Canyon, pero no es eso lo realmente importante.

Hizo una pausa y con voz absolutamente carente de matices, añadió:

—Lo importante es que los tiburones me devoraron, hace poco, en aguas del Caribe. Fui arrojado allí, desde un helicóptero, por orden del presidente Carter.

CAPÍTULO X

MANCHAS DE NIEBLA EN LA MENTE

Nora lanzó una especie de gemido.

—No entendía nada. Había cosas que no entraban en su cerebro de mujer que cree vivir en un país más o menos libre. Por un instante, temió estar hablando con una especie de loco.

—Un presidente de Estados Unidos no puede... ordenar eso —balbuceó.

—Pues lo ordenó, te lo juro. Y ante testigos.

—Uno de los dos tiene que estar loco, Bruce. O tú o el vendedor de cacahuets Carter^[4].

—Ninguno de los dos, Nora. Fue una situación perfectamente calculada y que no tenía más remedio que acabar así.

—¿Por qué?

—Comencemos por el principio. Yo soy un agente del Servicio Secreto. Dentro del propio Servicio Secreto, existen otros servicios especialísimos que sólo media docena de personas en el país conocen. Metido hasta el cuello en uno de esos servicios especialísimos estaba yo.

Nora le escuchaba con atención. Guardaba un expectante silencio.

—En esos departamentos estatales no hay nada que sea absolutamente verdad ni nada que sea absolutamente mentira —continuó Bruce-John—. Al igual que ocurre en las relaciones internacionales entre países, la moral no existe. Sólo existe lo que en determinados momentos conviene a Estados Unidos; lo demás no importa. Y lo mismo sucede con los servicios similares de Alemania, Rusia, el Japón, la Gran Bretaña...

—Te entiendo. Sigue...

—Durante un tiempo se estuvo sospechando que había filtraciones en torno a nuestro sistema de cohetes de seguridad. Como tú sabes, en este momento no hay guerra ni por fortuna parece que vaya a haberla, pero la tensión en muchas partes del mundo es tan elevada que en cualquier momento podemos vernos a las puertas de un conflicto. Y como un ataque atómico sería de efectos fulminantes, no se concibe de un país poderoso que no tenga montado un costosísimo sistema de aviso y de defensa, que comprenda auténticas manadas de cohetes interceptores. Ésta es una situación de la que ya se habla poco, pero que sigue existiendo como el mismo día en que se creó.

—También lo entiendo perfectamente. Y me doy cuenta de que una filtración sobre el sistema de cohetes obliga a cambiar los dispositivos, lo cual requiere meses de trabajo. Y durante todo este tiempo, el país está casi indefenso.

—En efecto, Nora. Por ello, lo que descubrí yo tenía tanta importancia. La pista me llevó a San Francisco, donde un hombre había facilitado, por una suma fabulosa, los datos que poseía sobre nuestro sistema balístico. Esos datos estaban ya en poder del secretario de la embajada china, que se había desplazado a la costa del Pacífico, con una excusa diplomática. Si el secretario alcanzaba, en su coche, el consulado chino de la ciudad, que ya es zona extraterritorial, los secretos que acababa de comprar sería como si estuvieran en su propio país, y desde allí, serían enviados a Pekín, por valija diplomática, que es inatacable. Por lo tanto, tenía que matarle antes de que llegase al consulado y... y lo maté, aun lamentando lo que me veía obligado a hacer. Lo maté, además, de un modo... digamos «espectacular», empleando una mina antitanque que coloqué en el techo de su automóvil. Hube de hacerlo todo a la luz del día, porque no pude elegir el momento del ataque. Necesitaba no sólo la muerte del secretario chino, sino la destrucción de su cuerpo para que los secretos militares se perdieran con él. Las dos cosas las conseguí plenamente.

Miró a la mujer, mientras los truenos se alejaban poco a poco. Ella le miraba también anhelante, con una expresión incrédula en sus ojos.

—No puedo entenderlo, Bruce —susurró.

—¿Por qué?

—Los chinos son ahora amigos normales nuestros. Tienen en Estados Unidos una representación diplomática...

—Bueno... Tu creencia es un poco ingenua, muñeca. Precisamente los que espían son los países amigos, porque lo hacen a través de las embajadas. De otro modo, sería mucho más difícil. Y el espionar no significa que sean tus enemigos hoy. Todo eso se hace pensando en que podemos ser enemigos en cualquier momento. Esta situación ya viene de los viejos tiempos de los clásicos. Supongo que conoces aquel aforismo latino: «Si quieres la paz, prepara la guerra».

—Te entiendo perfectamente. Los chinos practicaron el espionaje que podemos considerar «normal» dentro de las circunstancias.

—No, ni siquiera eso. Ni tan siquiera nos espianaban. Lo que ocurre fue que les ofrecieron venderle esos secretos, y ellos entraron en tratos con el misterioso hombre de California. Cualquiera, en lugar de los chinos, lo hubiera hecho. Se llegó a un acuerdo y el propio secretario de la embajada se hizo cargo de los mini filmes, después de efectuar el pago.

Cómo te he dicho, yo no tuve más remedio que matarle antes de que los secretos salieran del país.

—Pero eso... Eso hubiera debido significar una felicitación del presidente, ¿no? Nunca podía condenarte a... a...

Bruce Canyon sonrió con expresión ausente, mirando al vacío.

—¿Felicitación? —musitó—. Bueno, en privado no hay duda de que tuvo ganas de felicitarme, puesto que acababa de prestar un gran servicio al país, en esa guerra secreta y cochina que se libra todos los días. Pero, en público, las cosas eran diferentes. La embajada de Pekín, como es natural, amenazó inmediatamente con la ruptura de relaciones diplomáticas, lo que significaba poco menos que un desastre mundial. En poco menos de dos horas, cuando el cadáver del secretario chino aún estaba caliente, todo el equilibrio planetario, tan trabajosamente conseguido, podía derrumbarse. Ni los periódicos ni la radio o la televisión tenían aún noticias concretas de lo que pasaba cuando ya en las embajadas se estaba produciendo una situación absolutamente insostenible. No resultaba absurdo suponer que aquello podía derivar incluso en un conflicto armado.

—Me... me hago cargo, Bruce. Pero el presidente siempre podía decir que aquello era un asunto de espionaje...

—¿Decirlo? ¿Decir qué? Ni existían pruebas, ni los chinos estaban dispuestos a admitirlo. En apariencia, uno de los altos funcionarios había sido asesinado por un agente secreto americano, y, en consecuencia, tenía toda la razón. Carter estaba en una situación internacional sin salida, y además, se vería obligado a tomar una resolución en el curso de pocas horas. Por lo tanto, aconsejado por mis propios jefes, dijo que yo estaba loco, y que había obrado por mi propia cuenta.

—Sí, pero ¿qué dijeron los chinos?

—Los chinos no tenían motivo tampoco para creer lo contrario, pero decidieron curarse en salud. Si yo era un loco peligroso, no hacía puñetera falta en este país. Debía ser eliminado radicalmente. Y lo peor era que ni a los chinos ni al gobierno de este país les interesaba un juicio público, porque saldrían demasiadas cosas a relucir. No olvides que aquí la Prensa es del todo libre.

—No lo olvido, Bruce. Sigue.

—En consecuencia, yo debía ser eliminado de una forma... digamos «administrativa». Sin publicidad, sin espectáculo... y sin compasión. Pero un cadáver siempre es un cadáver, y constituye una prueba evidente de que antes ha habido un crimen. Incluso enterrarme en un lugar secreto o llevarme a un horno crematorio legal, con nombre supuesto, acarreaba peligros. Carter no podía olvidar que la Prensa descubrió hasta los mínimos detalles del «Watergate»^[5] y de los secretos políticos de Nixon. Hacía falta una desaparición total, absoluta, y alguien pensó entonces en los amables tiburones del Caribe. Porque los amables tiburones del Caribe no dejan ni los huesos de las víctimas. Aquélla era la desaparición absoluta que más o menos todos andaban buscando. Todos menos yo, naturalmente, pero yo no podía elegir.

Nora se estremeció. Con voz que parecía irse a romper en su propia garganta, preguntó:

—Pero realmente... ¿llegaron a enviarte abajo?

—Sí. Delante de dos testigos chinos, para que se convencieran de que la cosa era verdad y accedieran a echar tierra al asunto, lo mismo que estaban dispuestos a hacer los americanos.

—Pero, entonces, no tenías salvación... Nadie ha salido vivo de

una prueba semejante.

—En efecto, las posibilidades de sobrevivir eran mínimas, pero los miembros del Servicio Secreto, por orden de Carter, lo habían previsto cuidadosamente todo. En primer lugar, se me lanzó a baja altura, con la excusa de que los chinos debían de ver bien a los tiburones que aguardaban abajo. Esa altura era suficiente para destrozar el organismo de un hombre poco preparado, pero se calculaba que yo podría soportar el choque con el océano. En efecto, fue una prueba difícil, pero la superé.

—¿Y... los tiburones? ¿Qué hicieron? ¿Darte recuerdos?

—Narices. Vinieron por mí, y eso pudo verse perfectamente desde arriba, mientras el helicóptero se alejaba. Pero yo llevaba pegada al paladar una bolsa de líquido repelente. Mordí la bolsa, hice que el líquido se esparciera en torno mío, y pude así evitar las primeras embestidas. De todos modos, los tiburones me rodeaban, y hubieran acabado conmigo en pocos minutos. Fue entonces cuando intervino el submarino.

—¿El submarino?

—En efecto, ésa era la parte esencial del plan. El piloto había podido elegir el sitio en que iban a lanzarme, sitio que estaba atiborrado de tiburones. ¿Razón? El propio submarino que esperaba abajo les había enviado un par de cadáveres por los tubos lanzatorpedos, y se estaban dando un gran banquete. Cuando yo salí despedido desde el avión, el piloto envió una sola y breve señal de radio, dando cuenta de que yo estaba en el aire. El submarino envió entonces, desde abajo, una gran cantidad de líquido repelente, y los escualos no se atrevieron a atacar. Unos minutos más tarde, cuando el helicóptero no podía verlo, el submarino emergió y me recogió en sus cabinas. Yo estaba realmente *muerto*, pero, en realidad, vivía.

Hizo otra pausa. Sus ojos parecían nublados. Puso un cigarrillo en sus labios, pero no lo encendió.

—A partir de ese momento, pude actuar con libertad —dijo—. Estaba claro que nadie me buscaría.

—¿Libertad para qué?

—No olvides lo que te he explicado, Nora —murmuró—. El secretario de la embajada china aceptó la oferta que le hacía un misterioso hombre de California y le pagó una elevada suma, a cambio de los microfilmes. Yo no tuve más remedio que matar al

secretario chino, que era, quizá, el que menos culpa tenía, pero el vendedor, el auténtico espía, el hombre que había dado con los secretos, seguía vivo y en situación de actuar otra vez. Si no se acababa con él, no se había conseguido nada.

—¿Y te dedicaste a descubrir su identidad?

—Sí. Después de mí «muerte», mi misión fundamental fue dar caza a ese hombre. Llegué a saber quién es y dónde vive. Él está ahora en San Francisco, concretamente.

—¿Cuál es su nombre?

Bruce sonrió con ironía.

—Las mujeres sois incorregibles, Nora. Comprendo tu curiosidad, pero no puedo arriesgarme a darte un dato así porque corres el peligro de ser capturada. En ese caso, cuanto menos sepas, mejor.

—¿Capturada? ¿Por quién?

—Tú misma has visto que están tratando de capturarme, Nora, y mientras viajes conmigo corres los mismos peligros que yo. El hombre al que estoy persiguiendo se dio cuenta, poco después de mí «muerte», de que las investigaciones en torno a sus actividades proseguían, y eso le hizo recelar de la autenticidad de mi desaparición. Por medio de su red de confidentes, supo también que un hombre sólo le estaba buscando. Él no está demasiado seguro de que ese hombre sea yo, es decir, el «muerto», pero, por si acaso, trata de acabar conmigo. Desde que empecé mi viaje, he estado encontrándome con sus emisarios, que no tienen más que una orden; matarme.

Nora se estremeció levemente.

—Lo... lo he visto —musitó.

—Lo prudente sería que te separaras de mí —opinó él—, pero creo que ya es demasiado tarde. Te han visto conmigo y te buscarán para matarte igualmente, estemos juntos o separados. Y, al menos mientras estemos juntos, nos protegemos el uno al otro.

La mujer se mordió el labio inferior. Sus dedos se entrelazaban nerviosamente, como si estuviera sometida a una gran tensión interna. Miró a Bruce Canyon con expresión dubitativa.

—Creo que ya te has sacrificado bastante por un país que no te agradecerá nada. ¿Por qué no dejas ya la persecución? ¿Por qué no te olvidas de ese hombre de California al que quieres matar?

—Porque, mientras tanto, no está acabado mi trabajo, Nora, y porque esa clase de hombres siembran muerte en derredor suyo. No les interesa nada, excepto el dinero, y si hace falta, venden a su madre. Por otra parte, con este trabajo, aunque parece que sólo ayudo a mi país, ayudo a los rusos, a los chinos, a los japoneses... a todo el mundo. Mientras exista un fuerte equilibrio en los sistemas defensivos, nadie se atreverá a atacar, y las diferencias serán resueltas por medios pacíficos, aunque haya rechinar de armas. Pero si una gran nación llega a estar indefensa, aunque sea unos meses, entonces...

Hizo un gesto expresivo, que Nora entendió muy bien, y añadió:

—Además, ese hombre del que te hablo, tiene otros microfilmes para vender. No ha terminado el primer negocio cuando ya ha empezado el segundo.

—¿Más secretos especiales? ¿De qué clase?

—Eso lo supe cuando reanudé las investigaciones, después de mi «muerte». Las instrucciones secretas que el Pentágono daba allí al Gobierno de Estados Unidos sobre las negociaciones de las «SALT», constan en un informe que él logró fotografiar y convertir en microfilme. Los rusos serán unos excelentes compradores para eso.

—¿Por qué ellos?

—Porque desde hace años están embarcados con Estados Unidos en una larga serie de conversaciones para limitar sus armas nucleares de largo alcance, es decir, los proyectiles estratégicos con área de acción continente-continente. A esa cadena de conversaciones se le llama la «SALT». Si los rusos llegan a saber exactamente qué es lo que el Estado mayor norteamericano piensa sobre el uso de esas armas, tendrán dos noticias de enorme valor. Primero, sabrán hasta qué límites puede llegar la diplomacia norteamericana en las futuras negociaciones, ya que los políticos debe regirse en esto por las normas de los militares. Y tal dato, servirá de orientación a la diplomacia rusa. En segundo lugar, los militares soviéticos tendrán un excelente tema de estudio, al saber cómo utilizarían sus colegas yanquis, en caso necesario, las armas de largo alcance. Podrán, por tanto, acomodar su estrategia a lo que piensa el hipotético enemigo. ¿Crees que no estarán dispuestos a pagar dinero por una información así?

—Por supuesto que estarán dispuestos a pagar dinero. Eso lo

comprendo muy bien, Bruce.

—Tal es la razón de que tenga tanta prisa en llegar a San Francisco. He de estar allí antes de que se cierre el trato.

—¿El hombre del que hablas puede entregar esos secretos en cualquier momento?

—Me temo que sí.

—¿Y por qué no usaste el avión, si cada minuto cuenta?

—Porque jamás llegaría vivo a San Francisco. Estoy seguro de que los agentes de ese hombre vigilan día y noche los aeropuertos de California. No obstante, me arriesgaría, pero hay algo peor: puedo tropezarme con un «observador» chino. Y si me reconoce, pondré al presidente Carter en un lío, del que no se va a recuperar jamás cuando se demuestre que estoy vivo.

—Lo entiendo, Bruce, pero entonces, ¿por qué no das al FBI la identidad de ese hombre, y que ellos le detengan?

Él sonrió amargamente.

—Quizá te parezca una tontería, Nora, pero ese trabajo lo empecé yo, y quieto terminarlo yo. Es el único sistema, además, de que no se produzca ninguna filtración acerca de mi identidad. Un solo desliz, y también el presidente se vería metido en un enorme lío, sin salida.

Nora también lo comprendió muy bien. No tenían más remedio que seguir juntos hasta San Francisco, donde ella se reuniría con su marido, y Bruce Canyon partiría hacia lo desconocido, para no volver a aparecer quizá jamás. Porque una cosa estaba clara: sus vidas se iban a separar de una forma irremediable. Para la sociedad, para el país, para todos, incluso para ella, Bruce Canyon era un hombre muerto. Sus caminos no volverían a coincidir nunca. Y si por un milagro, volvía a verle alguna vez, no podría llamarle ni siquiera por su nombre.

Su mirada se perdió tristemente en el vacío.

Él lo notó.

—No pareces muy animada, Nora —dijo, con voz que trataba de ser alegre—. Al fin y al cabo, cuando llegues viva a San Francisco, toda esta pesadilla habrá terminado para ti. Y estoy seguro de que tu marido te ayudará a olvidarla.

Ella dijo con voz lejana, parecida a un susurro:

—Mi marido...

—¿No estás deseando verle?

—¿Qué puedo decirte? —La voz seguía siendo lejana y vacía—. Él es como un extraño para mí. Hay otras cosas que le preocupan, como si yo no figurara en su vida.

—¿Mujeres? —susurró Bruce.

—No lo sé. Pero tengo la sensación de que hay algo más importante que eso.

—¿Dinero?

—Sí.

—Bueno... —dijo él, haciendo un gesto de disculpa—. Tampoco se lo tomes tan en serio. El dinero le gusta a todo el mundo. Sólo los santos escupen sobre los billetes, y tu marido no tiene por qué serlo.

—Pero, al menos, debió estar en Nueva Orleans, cuando me operaron... A veces, pienso que para él no soy una mujer a la que estima. Solamente soy una cosa, de la que se acuerda cuando la necesita.

Bruce volvió a sonreír. La tormenta ya se había alejado, y por las ventanas entornadas penetraba una luz serena.

—Todos los matrimonios atraviesan crisis —dijo—. Estoy seguro de que la vuestra durará poco.

Ella le miró fijamente.

—Eres un tipo extraño, Bruce —musitó.

—¿Por qué?

—Estás defendiendo a mi marido.

—No le defiendes. Sólo trato de explicarte que en la vida pasan muchas cosas, y no hay que dejarse arrastrar por ellas.

—Tal vez te ocurre otra cosa —bisbiseó Nora.

—¿Qué cosa?

—No te intereso.

Bruce Canyon se estremeció un momento. Bruscamente, dejó de mirarla.

Porque se dio cuenta de que el sufrimiento palpitaba en la voz de la mujer. Porque se dio cuenta de que Nora no deseaba volver a su vida amarga de siempre. Porque había descubierto una nueva meta en su destino, y esa meta pasaba por él. La simple voz de Nora era una confesión.

Fue entonces cuando Bruce Canyon ya no pudo resistirlo más.

Fue entonces cuando la besó rabiosamente.

Cuando los dos se hundieron en aquella vorágine que quizá no tenía salida, pero de la que tampoco deseaban salir. John, cabrito de John, se olvidó de la tormenta.

Y ella se dio cuenta de que —cosa extraña—, las cicatrices no le hacían daño. O, en todo caso, lo que pasaba un poco más abajo hizo que no lo sintiera.

CAPÍTULO XI

MANCHAS DE HIEL EN LA BOCA

Fue difícil, pero no imposible, como habían llegado a pensar. Después de robar tres coches más, después de haber hecho auto-stop

con unos *hippies*, después de haber recorrido todos los caminos secundarios y mal vigilados que llevan hacia el Oeste, los dos estaban llegando a San Francisco a las dos de la madrugada de una noche de luna, cuando las luces del Barrio Chino están en plena ebullición. Tras atravesar Arizona, Nuevo México y casi toda California, habían alcanzado su meta.

Nora apenas podía creerlo.

Conseguir aquel triunfo era para ella un orgullo, porque había conseguido lo que su marido le ordenó. Y porque, al mismo tiempo, veía vivo a Bruce, cuando en realidad pensó cien veces que sólo llegaría allí muerto.

Pero una especie de neblina cubría sus ojos. Nora se negaba a despegar los labios, sintiendo que algo quemaba en su interior.

Y John-Bruce sabía por qué. Señaló las luces del Barrio Chino — la primera ciudad asiática fuera de Asia, según dicen los expertos—, las puertas de los restaurantes siempre llenos, de los bares donde uno puede encontrar acogedora carne amarilla, de las tiendas de modas que están abiertas toda la noche... Aquello formaba un mundo distinto, un mundo irreal para los dos, pero Nora sentía lo que jamás pensó que llegaría a sentir.

Amargura.

Dolor.

Porque aquello era el fin de su vida auténtica. Porque sabía que, en su vida gris, sólo una cosa había tenido importancia.

Y ahora iba a perderla. Cuando se separase de Bruce, sobre su vida habría caído una losa, con la amarga y definitiva palabra «fin».

—Déjame aquí —musitó.

—¿Estás cerca de tu casa?

—Sí, bastante cerca... Pero poco importa. Necesito andar un poco.

Él tenía las manos crispadas sobre el volante.

También sentía lo mismo. También sobre su vida había caído una losa, con la palabra «fin».

Pero no lo demostraba. Intentaba mantenerse indiferente y helado. Frenó en las cercanías del Ritz —que allí es un modesto hotel—, mientras susurraba:

—Adiós, Nora.

—A... adiós.

—Suerte.

Las palabras que no se atrevían a pronunciar quemaban en sus labios. Los ojos turbios miraban al vacío, porque no se atrevían a enfrentarse cara a cara.

—Suerte, Nora.

—Su... suerte.

—Sé que no nos veremos más.

Ella volvió la cabeza. Ahogó un gemido.

Y le volvió la espalda. De pronto, todo su cuerpo había temblado convulsamente, pero fue solo un momento. John-Bruce, cochino John-Bruce, dejó de mirarla.

Era mejor así. *Tenía que ser* mejor así. Él iba en busca de su ataúd, y no quería qué Nora le acompañase en él. Tenía que ser un ataúd para él solo.

Mientras tanto, Nora había andado una cuadra. Dobló por Taylor Street. Sentía su propia soledad como una zarpa, como una amenaza. Cinco minutos después, se metía en una casa baja, rodeada de un pequeño jardín, de las que en San Francisco son tan frecuentes todavía.

Y allí estaba él. Lo vio de pronto como a un hombre desconocido, extraño, casi recóndito. Como si todo lo que en un tiempo les unió, hubiese muerto. Bajo la luz concentrada de la lámpara del salón, su marido parecía una gigantesca ave de presa. Y además, un ave de presa que hubiera envejecido últimamente.

El hombre apenas la besó. Y Nora supo por qué. Había un desconocido en la sala.

—Te hemos estado esperando noche tras noche, Nora —dijo su marido—. Te has retrasado bastante, ¿sabes? Y ya empezaba a desesperar. Aquí te presento al doctor Liman.

Nora pestañeó.

—¿A estas horas? ¿Por qué? ¿Qué quiere el doctor Liman?

—Examinar tus cicatrices. Vienes operada desde Nueva Orleans.

—Pero me encuentro bastante bien... No veo que haya motivos para que el médico me esté esperando, y me examine esta misma noche.

El desconocido que se había dejado dar el nombre de Liman era un hombre alto, delgado, nervioso. Hizo un gesto de impaciencia.

—Esas cosas hay que cuidarlas, señora —dijo—. Por favor, pase aquí.

Y la hizo entrar en una sala de la casa que Nora conocía bien. Pero ahora esa sala había sido cambiada del todo. Parecía el consultorio de un médico. Había en ella una mesa de exploraciones que también podía servir para intervenciones quirúrgicas, una potente luz situada encima, un instrumental completo...

—Desnúdese y tiéndase ahí —dijo Liman—. Es sólo un momento.

Pero ¿por qué han hecho estos cambios? ¿Y... y por qué tanta prisa?

—Todo se ha retrasado —dijo su marido, con voz opaca—. Vamos, desnúdate.

Ella miró, atónita, aquellas dos caras que, de pronto, le parecían desconocidas y lejanas, incluso la de su marido. Las caras cortadas en dos por la luz plomiza. Envueltas en aquel silencio que les ahogaba.

Y, de pronto, Nora *comprendió*.

No lo entendió en toda su magnitud, pero llegó a intuirlo. Se dio cuenta de la sórdida realidad. Aquella cosa horrible, en la que minutos antes se hubiese negado a creer, penetró de golpe en su cabeza, como una aguja envenenada.

—Dios mío... —balbució.

Porque ahora lo entendía todo.

La extraña operación en Nueva Orleans, cuando ella no había

sentido nunca dolor alguno.

Aquel viaje secreto y hecho bajo la protección de una compañía especializada, para que nadie la controlara ni la detuviese. Para que otros posibles interesados en el asunto no le pudiesen quitar lo que ella llevaba encima.

Porque ahora lo veía todo claro, siniestramente claro.

La operación de Nueva Orleans.

Sólo a un diablo se le hubiese ocurrido.

De ese modo había transportado a través de todo el país unos secretos que estaban buscando docenas de federales, docenas de policías, docenas de agentes especializados. Y nadie podía sospechar que los llevaba dentro de su propio vientre, en una cápsula de metal o de plástico, como si fuera un feto monstruoso. Ahora no tenían que hacer allí, en San Francisco, más que una cosa muy sencilla: operarla otra vez. Sacarle la cápsula.

Por eso estaba allí Liman.

Y por eso estaba también allí su... ¿su marido?

Nora se negaba a creerlo.

De pronto le pareció que era un desconocido, un ser remoto para quien ella se había convertido en un simple objeto. Bastaba con mirar sus ojos para darse cuenta de que estaba dispuesto a todo, de que Nora ya no le servía para gran cosa y por tanto... podía morir.

Un gemido escapó de su garganta.

Sus piernas se doblaron, pero aun así no se dio por vencida.

Trató de huir.

Era su propia casa y la conocía bien. Podía quizá salir a la calle, pedir socorro... Podía...

Sus pensamientos se cortaron de pronto. No había dado más que un paso hacia la puerta cuando las cuatro zarpas cayeron sobre ella, sujetándola. Una especie de garfio de acero la derribó sobre la mesa. Mientras su marido la golpeaba brutalmente, Nora vio cómo entre una neblina que el médico se disponía a clavarle la inyección de curare con la que le iba a anestesiarse, una anestesia de la que ya no saldría nunca.

Un débil gemido salió de su garganta.

No podía más.

Sus ojos se desencajaron mientras sentía en la piel el contacto de la aguja.

Y en ese momento todo pareció estallar en la casa. No hubo ruidos y sin embargo fue como si una granada lo hubiese enviado todo al infierno. Una cabeza estalló y brotó la sangre, un cuerpo se dobló trágicamente mientras las balas casi lo partían en dos.

La pistola iba provista de silenciador, pero los impactos de los proyectiles en las paredes sonaron como una sinfonía siniestra. La sangre manchó a Nora. Ésta lanzó un grito de horror mientras veía caer para siempre a los dos hombres. Mientras como en una alucinación que estaba hecha a la vez del cielo y del infierno veía avanzar a... ¡a Bruce Canyon!

—Debía haberlo imaginado —dijo él con voz impersonal, opaca—. Tenía que haber comprendido que tú y yo íbamos al mismo sitio.

Y la apretó contra su pecho. Dejó que ella respirara ansiosamente, sintiéndose libre por primera vez, notando que la vida volvía a sus músculos, a su corazón, a su alma. El sollozo de Nora le estremeció. Pero era un sollozo de mujer que vuelve a vivir.

—¿Querrás unirme a un tipo que no tiene nombre? —susurró él—. ¿Un tipo que deberá empezar de cero otra vez? ¿Un puerco asesino cuya única virtud es quererte?

Nora se estremeció mientras farfullaba:

—Naturalmente que quiero. Pero eso no durará mucho tiempo, Bruce. El presidente Carter te lo resolverá todo.

—De momento es posible que me envíe un regalo de bodas —musitó él.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Sencillo: un cargamento de cacahuetes.

FIN

¡Una fabulosa selección de los mejores relatos del viejo y salvaje Oeste!

BISONTE
Serie Roja

BISONTE
Serie Azul

ASEGURE
SU
EJEMPLAR

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

las populares colecciones en cada uno de cuyos volúmenes, los más famosos autores del género le ofrecen lo mejor de su larga carrera de éxitos.

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 30 PTAS.

NOTAS

[1] Como se recordará, fue el enemigo irreconciliable de Mao Tse Tung y hasta su muerte presidente de Formosa, o Taiwán, que era en Asia baluarte del anticomunismo. < <

[2] La implacable guerra que enfrentó a Biafra, dirigida por el coronel Ojukwu, contra el resto de Nigeria, de religión mahometana, llegó a considerar ciudadanos de segunda clase a los «ibos», habitantes del sur y del este, y organizó contra ellos sangrientas masacres. A consecuencia de eso, el este de Nigeria se separó y adoptó el nombre de «Biafra», hasta ser aplastado por la superioridad del enemigo, al que curiosamente ayudaron países que se hacen llamar campeones de la libertad, como Inglaterra y Estados Unidos. < <

[3] Aunque a muchos les pueda parecer increíble, ya que los Estados Unidos es, en otros aspectos, un país muy organizado, no existe un auténtico documento de identidad obligatorio. La policía tiene la obligación de creer, en principio, cualquier nombre que uno le dé. Mucha gente va de un lado a otro del país sin un solo papel, siempre y cuando manifieste ser ciudadano norteamericano. Pero, normalmente, es el permiso de conducir, que allí tiene prácticamente todo el mundo, lo que sirve para identificar a una persona. < <

[4] Como se sabe, antes de ser elegido presidente, Carter era en Estados Unidos uno de los principales comerciantes de este ramo.

< <

[5] Sin duda los lectores no han olvidado el famoso «Asunto Watergate» —nombre de un hotel de Washington—, donde se descubrió que Nixon había hecho colocar por los servicios oficiales del Gobierno, unos completísimos sistemas de escucha para saber todo lo que se proponían, de cara a las elecciones, sus rivales políticos, que se reunían allí. La noticia, que pudo pasar desapercibida —los espías de Nixon se fingían «fontaneros»—, fue seguida hasta el fin por dos decididos reporteros del Washington Post, Bernstein y Woodward, y a la larga fue descubierta una cadena de actos extralegales que el presidente había realizado, valiéndose de su cargo. Al darse cuenta de que Nixon había perdido del todo su buena imagen ante el Congreso y el país, se vio forzado a dimitir.

< <